

FERNANDO HERNANDEZ GONZALEZ

TAUCHO, LA MEMORIA DE LOS ANTIGUOS

“TENIAN TODOS POR LA MAYOR PARTE MAGNANIMO VALOR, ALTIVO ESPIRITU, DISPUESTO TALLE, CUERPO GIGANDESCO, ROSTROS ALEGRES, GRAVES Y APACIBLES, AGUDO ENTENDIMIENTO, GRAN MEMORIA TRATO AGRADABLE, NOBLE Y MUY HONESTO Y FUERON CON ECESOS APACIONADOS AL AMOR Y PROVECHO DE SU PATRIA”

VIANA

Los últimos acontecimientos desde la llegada de los castellanos, tenían a las comarcas sumidas en constantes cambios en sus estructuras sociales. Los éxitos militares de los extranjeros y la poca predisposición de muchos de los jefes comarcales para aceptar una coalición en la defensa común de toda la isla, aceleraron las profundas transformaciones que se vivían en aquellos tiempos.

Con la rendición de muchos de los menceyes a las faldas de Tigaiga a finales de 1495, las comarcas de Adeje y Abona, en principio integrantes de los bandos de paces, viendo verdaderamente las intenciones de los castellanos, deciden en un intento desesperado por alejar de sus tierras al invasor, un pacto con los habitantes de las comarcas conquistadas, que no habiendo querido rendirse ni someterse a los extranjeros, se alzaron en las montañas.

El conquistador Alonso Fernández de Lugo, decide reducir a sangre y fuego los señoríos rebeldes, pues ve amenazada la hegemonía que ostentaba en los territorios ganados, además de peligrar su nombramiento como Adelantado de la isla de La Palma y Tenerife, pues el tiempo dado por los reyes católicos para someter la isla, estaba próximo a expirar.

Aquel verano del año 1496 la cultura del pueblo Guaxit, caminaba hacia su ocaso.

CAPITULO 1

El cielo empezaba a clarear y las estrellas perdían por momentos su fulgor nocturno.

ECon el amanecer, bajaba por el valle, un aire helando y perfumando con aromas de la montaña, aromatizando todo lo que encontraba a su paso.

El bucio que anunciaba el nuevo día, resonó lento y grave, invitando a los soñolientos habitantes del auchón a comenzar la nueva jornada. Guabinque se arremolino en su lecho, las pieles que lo cubrían, guardaban todavía el calor de la noche. El retumbar del bucio se le metió en el oído como el balido de un baifo hambriento.

Se levanto, la estancia permanecía en una semipenumbra y junto al humo de los hachos, daban un aspecto lúgubre al lugar, creando figuras fantasmagóricas, como las que el viejo canco les había relatado muchas veces en los atardeceres, sentados a la entrada de su cueva.

En otro lado de la pequeña alcoba, sus hermanos varones aun no habían despertado. Guadote, el que seguía edad a Guabinque, roncaba estrepitosamente y Guabinque pensó, entre risas que aquel conjunto de ronquidos de su hermano y figuras fantasmales que producía la humareda, bien podían tomarse por unas de las muchas moradas infernales del señor del lado oscuro.

El pequeño de los varones, Temiaba se despertó y busco a toda prisa la puerta del tesegue para aliviarse la continencia detrás de una pared. Guabinque aprovecho para sacudir una palmada en el hombro a Guadote.

-Maragua-, le dijo ante su hermano, que había despertado con los ojos grandes como dos guamulan llenas.

-Maragua-, respondió Guadote mientras se frotaba los ojos y bostezaba.

Guabinque empezó a vestirse con la tamarca de su casta los achicasna, mientras pensaba que algún día se vestiría con las prendas nobles de un guerrero, algo que dada su condición social, sabia solo podría alcanzar en una gesta de guerra.

-¿Ya estas otra vez con los mismos pensamientos Guabinque?-. Su hermano Guadote se reía socarronamente.

-Sabes que eso no pasara nunca. Los gauripas que han llegado por el mar con sus casas flotantes, son muy poderosos, según he oído y ya tiene sometido a los señoríos de Anaga y Arautapa-.

Bajo la vista y un destello de ira iluminaron sus ojos.

-Acuérdate de lo que le paso a nuestro padre, lucho y murió ese día como un guabor valiente y el tabor no concedió ningún privilegio a nuestra pobre madre-.

- ¡Entiéndelo Guabingue, tú eres un achicasna!-.

Guabingue lo miro con desdén mientras cogía su tasufra para guardar alimentos y su astia de madera con la que se ayudaba para pastorear en los abruptos barrancos y le dijo a su hermano.

-Creo que tu lengua hermano, expresa el miedo que le tienes a esos perros extranjeros-.

Cuando termino de hablar, Guadote lo miraba con los puños apretados y su cara tenía un semblante enfurecido. Cuando se iba a desatar un combate feroz entre ambos, Temiaba se interpuso entre los dos.

-¡Hermanos!, ¿Qué es esto?, todavía no hemos saludado la llegada de Magec en el horizonte ¿y ya se están peleando?-. Temiaba los miro a los dos con cara risueña.

-Dense un abrazo y no le den disgusto a nuestra guaya-. Guabingue alzo su mano.

-Lo siento hermano, no quise molestarte-. Guadote le agarro el antebrazo como era la costumbre saludar.

-Perdóname tu Guabingue-. Temiaba los abrazo a los dos.

-Ahora-, dijo.

-Vamos, que desde aquí huelo el gofio de cebada recién hecho-.

CAPITULO 2

Su madre se afanaba en preparar el desayuno junto a la única hermana de Guabinque. Madaya la madre, era rubia, de unos hermosos ojos azules y blanca como la nieve, que cubría las cumbres en los crudos inviernos. Todavía se podía atisbar en ella la belleza de su juventud y que según decían había hecho palpar los corazones de los jóvenes en muchos auchónes de las bandas de sur.

Su hermana, Ayatimas era una hermosura en esplendor. Incontables muchachos del menceyato de Adeje, la cortejaban engalanado, como era la costumbre, de flores y fruta la puerta de su morada en la fiesta del Achun Magec, con la esperanza de que al despertar recogiera los presentes, demostrando de ese modo su permiso hacer cortejada por el afortunado. Aunque en honor a la verdad, muchos jóvenes, también, la recelaban por sus dotes de adivina, con las que podía desentrañar el futuro y que le habían valido la atención de las ancianas harimaguadas del valle, las cuales propusieron a su madre para ser educada en una sámara.

-¡Maragua!-, saludaron los tres varones al entrar en la pequeña tesegue que servía como cocina.

-¡Maragua!-, contestaron la madre y hermana.

-¿Se fregaron ya los "jocicos"?-, pregunto Madaya con una amplia mueca de burla en su boca.

-Yo si-, se apresuro a contestar Temiaba mientras sus hermanos lo miraban de soslayo.

-Yo si-, dijo Guadote, fingiendo burlonamente la voz.

-¡Vayan a lavarse!-, dijo la madre autoritariamente.

-Ya tendríamos que estar en los Magotes, para saludar a Magec-. Los hermanos salieron a toda prisa de la estancia riendo para lavarse.

Terminado el desayuno, de gofio y leche de cabra, se encaminaron todos por el pequeño sendero, hasta el lugar donde se rendía culto a Magec. Todavía el astro, no había aparecido en el horizonte. Caminaban en penumbra, junto a otros habitantes de la comarca.

-Maragua-, se decían al encontrarse. Cuando llegaron, el lugar estaba abarrotado de gente. Tomaron sitio y esperaron en silencio; un silencio compartido por toda la comunidad y solo roto, por el silbo de la brisa matutina.

Al borde de la explanada donde se encontraban, se divisaba en el tenue horizonte al viejo canco, vestido con las ropas de la casta sacerdotal a la que pertenecía; un largo tamarca de pieles hasta los pies, un guapilé de piel gamuzada, en la cabeza, su ídolo de barro cocido al cuello y su cara pintada de rojo.

Absorto, miraba al horizonte mientras sostenía, entre sus manos un pequeño ganigo, con leche de cabra, extraída de las seiscientas cabras que componían el ganado consagrado a la divinidad y que era custodiado por las mujeres santas, el cual solo podía utilizarse en estas ceremonias rituales. Mientras, murmuraba letanías inteligibles para el resto de los allí presentes, dos harimaguadas igual de estáticas y con los brazos cruzados sobre el pecho, con sus diademas de cuero, rematadas por una gran concha de lapa en su frente y decoradas con florecillas rojas.

Guabinque, al verlas, pensó que realmente tiene que ser mujeres santas, sino, como explicar que vistiendo aquel faldellín de piel finamente gamuzado y desnudas de cintura para arriba, pudieran aguantar aquel aire gélido.

De pronto, en la lejanía, asomo los primeros rayos, que anunciaban el final de la penumbra. El viejo canco, alzo los brazos con el ganigo y en alta voz, pronuncio la oración, como cada amanecer.

-¡Atixa chaeren chaondi xuexate anti chaxana onanda erari! - dijo en tono grave y pausado, mientras vertía la leche, sobre la piedra que servía de altar.

Las harimaguadas, detrás del, extendían y flexionaban los brazos frenéticamente, repetían a viva voz.

-¡Menam achoron! ¡Menam achoron!-, gritaban, mientras eran coreados por los allí presentes con aljijides y silbos, dando grandes muestras de júbilo y agradecimiento por el nuevo día, cuando ya el disco fulgurante se mostraba con todo su esplendor aquella mañana.

CAPITULO3

Después de la ceremonia, todos regresaron a sus respectivos auchónes para realizar sus quehaceres diarios. Guabinque y Guadote, se dirigieron, a las goras donde se guardaba el ganado. Allí les esperaba Autana, el hijo del chaurero, donde vivían. Dada su condición de noble, su principal misión dentro del auchón era la de dirigir las tareas diarias de los achicasna varones.

-Dense prisa-, dijo alzando la voz.

-Los animales están desesperados por salir de la gora-.

Aunque habían crecido juntos en el auchón y haber compartido juegos de infancia, al cumplir los 14 años las leyes impedían las relaciones, entre los achiquitixo y los achicasna.

-Donde quiere que las llevemos a pastar hoy, señor- dijo Guabinque.

- Llévalo a las medianías- contesto Autana con voz autoritaria.

Guadote sacaba ya las cabras de la gora, mientras iban contando mentalmente las reses. Las cabras salieron a tropel por la pendiente, mientras los dos hermanos se encaminaron tras ellas, silbando y dando órdenes al hato, hacia el lugar designado a su auchón, para que pastara el ganado. El sol de la mañana entibiaba la tierra y el olor de cientos de plantas inundaban el aire con su agradable fragancia.

Llegaron cansados al lugar de pastoreo. Guadote daba gritos y silbidos precisos al ganado para que se detuviera a pastar. Guabinque busco la sombra de unas rocas y se dejo caer pesadamente. Guadote se le acerco,

-¿quieres agua?-, le pregunto mientras le extendía el fole que contenía el preciado líquido.

-No gracias- contesto Guabinque.

Guadote tomo asiento junto a su hermano y los dos se quedaron absortos, contemplando la vista que se divisaba del valle desde el lugar, como hipnotizados por la belleza del territorio.

-¿De dónde crees que viene esa gente Guadote?-, pregunto Guabinque sin dejar de observar el horizonte.

-No lo sé hermano, pero deben ser de una comarca más grande y poderosa que las nuestras-, hizo una pausa para mirar a su hermano y prosiguió hablando.

-Las informaciones de los enñi del Mencey, hablan de que tienen extraños animales más altos que un perro, a los cuales se acoplan para luchar y unas nacas con filos más cortantes que la tea y más resistentes que la piedra-. Guabinque le prestaba toda su atención.

-Pero no son invencibles-, prosiguió Guadote,

-se dice que el gran Benchomo, señor de Arautapa, los derrotó hace no muchas guamulan en Acentejo, donde incluso se cuenta que no respeto las normas de los combates y remato a los heridos.

-¡fue una autentica carnicería! Guabinque lo miro fijamente.

-Pero más tarde sucumbieron en Aguer, Guadote-, dijo mientras fijaba la vista en el suelo.

-No hay que subestimarlos hermano-.

Guadote se levanto, como si una mano invisible lo hubiera impulsado de su asiento y silbo fuertemente mientras daba fuertes voces para reunir a las cabras que se alejaban demasiado de la manada y se volvió hacia Guabinque.

-¿Qué pasara con nosotros y nuestra comarca hermano?, pregunto. Guabinque se puso en pie y miro al cielo, como quien busca una respuesta acertada.

-Creo Guadote, que nada de lo que ahora conocemos será igual, me temo que todo cambiara y que muchos de nosotros sucumbiremos victimas de sus extrañas costumbres, pues no sabremos desenvolvernos en su absurdo mundo-. Bajo la vista y sentencio con amargura en su voz.

-Todo, tal como lo conocemos, cambiara hermano-.

CAPITULO 4

La comitiva avanzaba por el camino polvoriento, bajo un sol asfixiante. Sesenta guabores escoltaban al Mencey Atguaxoña, señor de Abona. Delante del Mencey, un guabor portaba la añepa símbolo de su jefatura. Todo aquel que la veía a su paso, se postraba, para saludar.

En el auchón del Mencey Atbitocarpe, sonó el bucio, anunciando la comitiva del jefe de Abona. Un guabor entro presuroso en la estancia donde estaba Atbitocarpe, apoyo la rodilla en tierra y bajo la cabeza en señal de sumisión.

-Señor, el Mencey Atguaxoña se acerca con su guardia-. Atbitocarpe le hizo una señal con la mano para que se levantara.

-Ordena a la guardia que salga a su encuentro y los guie hasta el tagoror principal-. El guabor salió de la estancia a toda prisa, a cumplir la orden.

Atbitocarpe, se puso la diadema de su jefatura, cogió su añepa de mando y se encamino hacia el tagoror. En su cabeza bullían los pensamientos. Los extranjeros habían sometido otras comarcas de la isla y ahora el suyo estaba en peligro. Por un momento, rememoro la cara y las palabras del Mencey Benchomo, que aquella noche de guamulan llena, los convidaba a juntar las fuerzas de todas las comarcas contra el invasor.

-¿Por qué Achaman nos castigaba de aquella manera?-, murmuraba para sí.

-Llegaran hasta sus comarcas por más lejanas que estén y arrasaran con todo-, resonaban las palabras del viejo Benchomo en su mente.

Benchomo el valeroso Mencey de la comarca Taoro, fue el único que intuyo el peligro que representaba la llegada de los extranjeros. En un intento vano por unir a todas las comarcas de Guina para combatir a los gauripas, fue recelado por muchos de los menceyes en sus verdaderas intenciones, quedando desde aquella reunión dos bandos.

Los que se aprestaron en la defensa frente al invasor y los que decidieron pactar con ellos treguas de amistad. El tiempo y los actos de los castellanos, darían la razón al viejo Benchomo, que pago con su vida, la salvaguarda de las comarcas que defendía.

Se arrepentía, desde luego que se arrepentía, no haberse coaligado con los bandos de guerra, pero en ese momento no fue consciente de que el peligro llegaría hasta sus dominios y actuó pensando en lo mejor para su comarca.

Se había equivocado, pero tenía una oportunidad de rectificación y no iba a desaprovecharla, aunque esa decisión estuviera fuera de las normas establecidas en su sociedad. Al fin y al cabo esos perros gauripas no entendían y mucho menos respetaban, sus costumbres.

Apretó los puños, miro su añepa y recordó aquel día que hizo su juramento ante la asamblea como jefe de la comunidad con el hueso del brazo izquierdo del jefe más antiguo de su comarca.

-¡Achoron nun habec sahonat reste guañac sahut banot xeraxe sote!-

CAPITULO 5

Permanecía de pie, junto a la ventana, contemplando la amplia llanura que se extendía ante sus ojos. La verdad, pensó, es que estos barbaros tuvieron el acierto al presuponer que este era el lugar, donde las almas de sus difuntos, descansaban antes de su partida hacia el más allá. El Aguere, decían en su tosca lengua.

Se retiro de la ventana, con las manos a la espalda, cruzo la estancia y se sentó ante su amplia mesa. Se toco la barbilla meditativamente y rozo la gran cicatriz de su labio superior, recuerdo del desastre de Acentejo, donde a uña de caballo, a Dios y a un auxiliar de la soldadesca nativa de sus tropas, había escapado con una horrible pedrada en la boca, que casi le cuesta la vida. Cuantas penurias había pasado en aquella tierra de salvajes.

Pero no, yo Alonso Fernández de Lugo, conquistador de la isla de La Palma, también lo seré de esta. Apretó los puños y frunció el seño.

-¡Lo seré, aunque tenga que pasara a cuchillo a estos bellacos, así sean grandes, pequeños, mujeres o viejos!-, murmuro para sí.

La puerta se estremeció con dos secos golpes, que sacaron Alonso de sus cavilaciones.

-Adelante-, alzo la voz.

La puerta se abrió y un criado de aspecto enjuto, se presentó con una pausada reverencia.

-Señor, fray José Linares desea veros-, dijo con voz sumisa.

-Hacedle pasar-, contestó Alonso.

Minutos más tarde se presentaba en la sala, un hombre corpulento, de baja estatura y mediana edad vestido con los hábitos de la orden franciscana. Alonso se levanto, apresuradamente al encuentro del recién llegado.

-Fray José Linares-, dijo mientras besaba la mano del fraile.

-¿A qué debo esta grata visita?-. El fraile le hizo la señal de la cruz en el aire.

-Quería veros, para un asunto que me preocupa en gran manera señor-, le contesto mientras caminaba por la habitación junto Alonso.

El adelantado tomo su asiento, mientras que con la mano invitaba al fraile hacer lo mismo frete a él.

-¿Puedo ofreceros una copa de jerez y unos bizcochos fray Linares?-.

-No gracias hijo mío-, contesto el fraile.

Alonso se incorporo de su asiento, entrelazo los dedos y apoyo los codos encima de la mesa.

-¿En qué puedo ayudaros fray Linares?-, inquirió con voz parsimoniosa.

-Señor el asunto que me trae aquí, es hacerle una súplica-. El fraile hizo una pausa y prosiguió.

-Hay en la costa, junto al fuerte de la Concepción unos trescientos cautivos, que según tengo entendido, parten al amanecer, hacia Sevilla-. El fraile clavo su mirada en los ojos del adelantado.

-¡Y serán vendidos como esclavos! -.

-Mi querido fraile-, contesto Alonso condescendiente.

-Esos cautivos, que tanto os preocupa, es el botín de guerra para pagar a mi tropa. Se les ha capturado en actos contra las leyes que yo he dictado. Roban ganado y asesinan vilmente a mis soldados, no quieren abrazar nuestra sagrada fe y vos fray linares, ¿os preocupa el destino de esos salvajes?-. Fray José Linares, se incomodo ante las palabras de Alonso y contesto.

-Son hijos de Dios también, señor y no merecen ser tratados como animales con los que se puede mercar-. Alonso se puso en pie, mientras se apoyaba en la mesa y miraba fijamente al fraile.

-Bien os valdría preocuparos por el alma de mis hombres, que mueren a manos de estos barbaros-, dijo Alonso mientras seguía mirando fríamente a los ojos del fraile.

-Las leyes me amparan fray Linares. Mientras estos perros no se conviertan a nuestra fe, los usare y dispondré de sus vidas como me plazca-. La cara del fraile se torno roja de cólera.

-¡Actuáis como un monstruo sin escrúpulos señor Alonso! Entre esas pobres almas, hay niños y niñas, ¿también ellos roban y asesinan como decís? Alonso se levanto y observo severamente al fraile.

-No soy un monstruo como decís. Solo miro por los intereses de mis señores, los reyes católicos y del buen gobierno de estas tierras. Dudo mucho que estos salvajes tengan alma. Esos niños de hoy, mañana seguirán haciendo lo que hoy hacen sus mayores, ¡asesinar y robar!-. El fraile se levanto de su asiento visiblemente encolerizado.

-¡Arderéis en el fuego de los infiernos, por vuestra soberbia y pecados!-. Súbitamente, el adelantado golpeo la mesa con los puños.

-¡Callaos!, grito fuera de sí.

-¡Vos ocuparos de los asuntos del cielo, que yo me ocupare de los de la tierra y no volváis hablarme en ese tono o mandare que os cuelguen por los pies, como Alonso de Lugo que me llamo!-.

El fraile se levanto de malos modos y se dirigió hacia la puerta. La abrió y echo un último vistazo al adelantado, que lo miraba sin perder detalle y cerro tras de sí dando un sonoro portazo, mientras murmuraba,

-¡Maldito seas!-.

CAPITULO 6

Guabingue y Guadote jugaban sobre una piedra, donde habían improvisado, mediante líneas, un tablero de juegos. Con tres pequeñas piedras cada uno de distinto color, los hermanos estaban enfrascados en el juego preferido de los que, como ellos, cuidaban el ganado.

-Te he vuelto a ganar, hermano-, decía Guabingue jubiloso.

-Este endiablado juego-, farfullo Guadote.

Mientras reía, Guabingue levanto la vista y diviso en la lejanía, tres figuras que se acercaban hacia ellos. Se puso en pie y se hizo sombra en la cara con la palma de su mano.

-Son chasneros-, exclamo Guabingue nervioso.

-Reúne el ganado, Guadote y estate atento no sabemos las intenciones que tienen-. Guabingue tenía motivos para estar nervioso.

Los chasneros eran antiguos habitantes de las comarcas conquistadas que vivían en las montañas, huyendo de la presión de los castellanos al no querer someterse a sus nuevas condiciones de vida, impuesta por los extranjeros. Estaban perfectamente organizados en los cerros y sobrevivían de los robos de ganado que realizaban en las medianías. Hasta casi un siglo después de sometida la isla, fueron tan peligrosos para los conquistadores que fueron dictadas leyes para perseguirlos y castigarlos con penas, casi siempre, de horca. Su duras condiciones de vida y la presión a la que se veían forzados, les cambio radicalmente su manera de ver y entender la existencia, aunque siguieron manteniendo sus códigos de conducta social. Fuero en su día Guaxit, ahora eran hombres alzados. Los únicos que defendieron hasta el final su forma de vida.

Los recién llegados se acercaron despacio. El que parecía llevar el mando y ser mayor de los tres, levanto la mano y saludo a los dos hermanos.

-¡Ahu!-, les saludo Guabingue amistosamente, mientras agarraba nerviosamente su astia.

-Somos gente en paz, ¿Quiénes son ustedes muchachos?-, le hablo el mayor de los tres.

-Somos achicasna del auchón de Guasiegre, señor de este ganado-, contesto Guadote.

-¿Y ustedes quiénes son?-, le inquirió Guabingue visiblemente alterado.

-Tranquilos muchachos, no queremos hacerles mal. Somos chasneros y antiguos habitantes de la comarca de Arautapa-, respondió el recién llegado.

-¡Chasneros!, dijo Guadote con una mezcla de asombro y curiosidad.

-Nunca había visto a ninguno de ustedes tan cerca-. El mayor de los tres, soltó una sonora carcajada, coreada por los otros dos chasneros.

-Mi nombre es Ifonche y estos son Imoque y Arbicore-, dijo mientras le agarraba el antebrazo a Guabinque este a él, para saludarse.

-¿Como es que los guabores de la comarca no les salieron al paso?-, pregunto Guabinque sorprendido.

-Tenemos una tregua de una guamulan, para estar los dominios de la comarca de Adeje y Abona. -Somos de la guardia personal de nuestro sigoñe Ichasagua-. Ifonche se sentó y los otros dos le imitaron. Guadote le acerco el fole con agua. Ifonche bebió con avidez, se lo pasó a sus compañeros y siguió hablando.

-Nuestro capitán ha concertado reunirse con los menceyes de ambas comarcas, para un asunto muy importante-. Guabinque, los miro con asombro y dijo,

-Pues si que debe ser importante. No imagino que poderosa razón, impulse a los jefes a reunirse con el sigoñe de los chasneros-.

-Dices mucha verdad muchacho, es una poderosa razón-, contesto Ifonche solemne.

A los lejos oyeron los silbos de Autana, que los llamaban para que recogieran el ganado en las goras del auchón. Guabinque se puso en pie y miro a su hermano.

-Reúne las cabras Guadote, tenemos que regresar-.

Ifonche se levanto y dio su antebrazo a Guabinque, mientras le dedicaba una amplia sonrisa.

-Yo también fui un achicasna de un auchón en la comarca de Arautapa y ahora soy un chasnero libre-. Miro hacia el mar y señalo con el dedo hacia el horizonte y sentencio.

-Es una contradicción de la vida, pero todo gracias a la venida de los gauripas-.

Guabinque quedo pensativo con lo último que dijo Ifonche. Se despidieron de los chasneros y emprendieron el camino de regreso, junto a su hermano.

Atguaxoña, entro en el tagoror, cansado por el largo camino realizado. Su guardia, permanecían en la entrada del recinto, mientras depositaban los banot y demás armas de guerra que portaba en el suelo, como señal de que venían en paz.

Presidiendo el amplio círculo de doce piedras, se encontraba Atbitocarpe. Al ver al honorable visitante, se levanto y fue al encuentro de su invitado.

-Me temo viejo amigo, que hace varios achanos que perdimos el brío de nuestra juventud-, le dijo mientras lo abrazaba con muestras de alegría.

-Es mi cuerpo gastado, quien no responde a los bríos de mi espíritu Atbitocarpe-, le respondió el recién llegado con la respiración entrecortada. Atbitocarpe, hizo una señal a sus sirvientes para que trajeran refrigerios.

-Siéntate a mi lado Atguaxoña y descansa de la fatigas del camino-. El invitado se dejo caer en el asiento que su anfitrión le ofrecía, una gran piedra cubierta de finas pieles. Al momento llegaron dos sirvientes hasta los menceyes y rodilla en tierra les ofrecieron varios manjares de la tierra. Bicacaros, leche fresca, queso tierno y gofio amasado con dulce miel de abejas silvestres. Atguaxoña, tomo el ganigo de leche y bebió con sed. Los sirvientes se retiraron, a otra señal de Atbitocarpe.

-¡Gracias amigo mío!-, exclamo Atguaxoña reconfortado. -Mi cuerpo vuelve a recuperarse del esfuerzo-, dijo mientras se daba pequeños golpes en su pecho.

Después de una breve conversación e intercambio de comentarios sobre sus respectivas comarcas, Atguaxoña se puso en pie, dios unos pasos y se dirigió a su anfitrión.

-Espero Atbitocarpe, que estemos haciendo lo mejor para nuestras comarcas. ¿A llegado ya?-, le pregunto a Atbitocarpe.

-No, todavía no. Pero mis enñi me informan de que ya está en mis dominios. Debe estar por llegar-, contesto Atbitocarpe con expresión grave. Atbitocarpe se levanto y se acerco hacia su invitado.

-Debemos contar con él, Atguaxoña. Sus fuerzas sumadas a las nuestras nos darán mayor poder, frente a los gauripas-. Atguaxoña lo miraba fijamente, como queriendo adivinar las pretensiones verdaderas de su anfitrión o tal vez atisbar si su querido amigo había perdido la razón, debido a los tiempos difíciles en los que se encontraban inmersos y le espeto con aspereza.

-¡Pero si es un chasnero y de la casta de los achicasna, Atbitocarpe!-. ¿Crees que con esas credenciales, se puede confiar en él, para el asunto que nos trae aquí?-.

Atbitocarpe miro a su alrededor, como buscando oídos y miradas indiscretas, y contesto.

-Ese muchacho a dado muestras de un valor inquebrantable. Mucho más que alguno de nuestros nobles-, dijo remarcando cada palabra.

-No tiene ningún privilegio y aun así sigue en las serranías, con un grupo de valientes defendiendo con arrojo, todo aquello que tu y yo debimos haber defendido desde la llegada de los extranjeros, con uñas y dientes. Además goza de las simpatías y admiración de los achicasna y achicanay de todas las comarcas-, concluyo Atbitocarpe.

-Espero que estés en lo cierto amigo-, dijo Atguaxoña mirando al cielo, con el semblante disgustado.

-Es necesario que contemos con su apoyo-, prosiguió Atbitocarpe, -además no creo, tal y como están las cosas estemos en disposición de enemistarnos con él. Recuerda que hace varias guamulan, no reunimos nuestras fuerzas, pues mucho de nosotros desconfiamos de las verdaderas intenciones de Benchomo, pues antepusimos nuestros intereses comarcales y temerosos de perder privilegios, a lo que realmente importaba en ese momento, juntar nuestras fuerzas para rechazar a los extranjeros-. Atbitocarpe miraba a su invitado con las facciones de la cara endurecidas y continuó hablando.

-Nuestra prioridad, hermano, es devolver a nuestra nación la libertad a la que nuestro antepasado Tañe, señor de todas las comarcas de nuestra tierra nos lego, haciéndonos jurar el día de nuestro nombramiento como menceyes, sobre su hueso, defenderla hasta la muerte. Juramento que si llevo hasta el final, nuestro amigo Benchomo-.

Atguaxoña, lo miraba sin atreverse a interrumpirlo. Sabía que las palabras del Mencey Atbitocarpe, estaban cargadas de toda la razón del universo. Sí, fueron temerosos a la hora de tomar una decisión aquella noche en la asamblea que convoco Benchomo. Pero la idea de hacer alianzas con un achicasna como Ichasagua, lo incomodaba en gran manera, pero que más podía hacer. Todo parecía perder el orden establecido, a su alrededor y quizás su amigo tuviera más claridad en los acontecimientos que se avecinaban. Se acercó a su anfitrión y poso suavemente su mano en su hombro.

-No te preocupes Atbitocarpe, tratare de ser cortes con nuestro aliado. La nación nos reclama en unidad y no es momento de echar a ver nuestra condición social-. Atbitocarpe, lo miro sonriendo y contesto.

-Gracias Atguaxoña, no esperaba menos de ti-.

CAPITULO 7

Los tres jinetes avanzaban por el amplio camino de tierra. Los cascos de los caballos, levantaban pequeñas polvaredas que el viento se entretenía en darle formas caprichosas a su paso. Cabalgaban en silencio y arropados por sus ricos jubones, resguardándose, del relente aire de la tarde que bajaba desde los montes cercanos de la recién bautiza por los castellanos San Cristóbal de La Laguna, por tener una gran laguna que dominaba la amplia llanura.

Habían sido convocados por su general, por pertenecer a su plana mayor. Veteranos todos ellos de la conquista de aquella isla, gozaban de la estima y consideración de Alonso de Lugo. Delante de la pequeña comitiva iba Juan Milián, alférez mayor. Fue reclutado en la segunda entrada a la isla, después de la penosa derrota de los castellanos. Le seguía Diego de Mesa, capitán de la caballería y único superviviente de la antigua plana mayor de Alonso, que pereció en el desbarato de Acentejo.

Cerraba el grupo, Bartolomé Estupiñan, capitán de la infantería, también reclutado en la segunda entrada de los castellanos. Todos, eran experimentados en el combate y les unía un sentimiento irracional de desprecio a los habitantes de estas tierras a los que consideraban poco más que perros asilvestrados a los que si pudieran, exterminarían sin piedad. Cada uno venía haciendo mentalmente sus conjeturas, sobre los motivos, para que Alonso los hubiera convocado de urgencia. No entendían, pues a principios del año habían recibido la orden para desmovilizar el grueso de su tropa, quedando solo un reten dedicado a combatir y capturar a esos salvajes guanches de los bandos de guerra, que no habían aceptado la rendición de sus jefes en el Real de la faldas de Tigaiga y se habían alzado en las montañas.

Llegaron ante la residencia, que Alonso de Lugo se había hecho construir en la nueva ciudad. Descabalgaron de sus monturas, mientras uno de los criados del general se hacía cargo de los caballos y entraron en el amplio portalón de la vivienda. Un intenso olor a resina de tea que lo inundaba todo, denotaba que la madera empleada en la construcción había sido puesta recientemente. El criado personal de Alonso les salió al paso y con una amplia reverencia, les dijo.

-Pasad caballeros, don Alonso os espera-

Los tres militares se desprendieron de sus jubones y se los entregaron al criado, que los recogía solícito. Cruzaron el anchuroso patio central y llegaron hasta la puerta de la habitación donde los esperaba el general. Juan Milián dio unos cortos golpes en la robusta puerta de madera.

-¡Pasad!-, sonó la voz de Alonso desde dentro. Abrieron y franquearon la puerta de la amplia estancia. Alonso de Lugo, se levanto de su asiento.

-Adelante caballeros, estáis en vuestra casa-, les dijo amablemente.

Los recién llegados se acercaban a su general y le daban un fraternal abrazo, mientras Alonso les hacía comentarios bromistas sobre sus personas. Tomaron asiento y ordeno al criado servir Jerez a sus invitados, mientras comentaban anécdotas de sus campañas de guerra y planes de futuro en aquellas tierras. Cuando el general estimó que el ambiente era distendido, juzgó apropiado hablarles a sus subordinados del motivo de la reunión de urgencia que había convocado. Dio un sorbo de su copa de vino, la dejó en la mesa y se recostó en el gran sillón donde estaba sentado, mientras entrelazaba parsimoniosamente los dedos a la altura de su pecho.

-Caballeros-, habló solemne, bajo la atenta mirada de su estado mayor.

-Os he convocado de urgencia, debido a los últimos acontecimientos que se desarrollan en las comarcas más alejadas de la isla. Hizo una pausa y miro a cada uno de sus subordinados, como si quisiera transmitirles con la mirada la gravedad del asunto que los ocupaba aquella tarde y continuó hablando.

-Bien sabéis, los esfuerzos de nuestros retenes para combatir a esos endemoniados bárbaros que asesina, roban cuanto pueden y que se hayan vagando en las montañas como perros asilvestrados. Pero a este problema se le une ahora otro, mucho más grave a mí entender-. Se levanto del sillón y dio unos pasos por la estancia, meditando las palabras mientras era seguido con la mirada por sus hombres de confianza.

-Nuestros informadores de las tropas auxiliares nativas, me cuentan que los jefes de Adeje y Abona, han concertado una reunión con el caudillo de los alzados, al que llaman Ichasagua-.

Juan Milián al escuchar el nombre del jefe de los alzados, palideció su semblante. Como alférez mayor, controlaba las operaciones de hostigamiento a los rebeldes y hacia pocos días que le habían comunicado la muerte de este salvaje en una de las refriegas con sus tropas, y ahora escuchaba con asombro, de boca de su general, que no solo estaba vivo sino que pretendía reunirse con los jefes de las comarcas sureñas. Decidió callar este comprometido detalle, por el bien de su prestigio y su carrera como militar y se prometió que la próxima vez pediría a sus soldados, la cabeza de estos salvajes para confirmar personalmente su muerte. Diego de Mesa tomo la palabra y dirigiéndose a don Alonso le dijo.

-Señor, ¿lo que contáis significa que eso barbaros, preparan levantarse en armas contra nosotros?-.

-Exacto-, respondió el general.

-Y debemos preparar un ataque por sorpresa para atajar sus intenciones. Alonso retorno a su asiento y volvió hablar.

-Ha sido un error dejar sin tomar militarmente, esas comarcas de las islas. Creí que después de la firma de rendición de estos bastardos en el Real en las faldas de Tigaiga, el pasado Diciembre las demás comarcas se avendrían a la sumisión, pero ya veis que con estos salvajes no hay entendimiento posible y hay que tomar con cautela los tratados pactados con ellos. Es por eso también que he capturado en las comarcas de Güimar a 300 de estos miserables, susceptibles de unirse a los rebeldes y enviarlos a Sevilla, para venderlos. Ya que no salvaremos sus almas, por lo menos sacaremos algún beneficio de sus miserables existencias-, sentencio mientras reía a carcajadas, secundado en las mismas por sus hombres.

Bartolomé Estupiñan, pidió la palabra y Alonso de Lugo asintió con la cabeza dándole la misma.

-¿Qué estrategia proponéis, mi señor?-, pregunto con determinación. Alonso lo miro con aire satisfecho de quien esperaba que le hicieran esa pregunta.

-Caballeros-, empezó solemne.

-Estoy esperando la llegada de un noble extranjero, llamado Jorge Grimón, que tiene a su cargo una escuadra de espingarderos alemanes. Lo he tomado a mi servicio, recomendado por caballeros de la corte, que hablan de los servicios que a sus majestades católicas, presto en la toma de Granada a los moros y creo firmemente ser un poderoso aliado en nuestra empresa. La escuadra que comanda, ha dado sobradas muestras de ser terrible en el campo de batalla. La espingarda, un arma de fuego, causa gran mortandad en las filas enemigas-.

Su plana mayor escuchaban atentos las descripciones de su general. Habían oído comentarios de esta nueva y mortífera arma, los cuales causaban gran admiración por las maravillas de su uso en combate. Alonso se puso en pie y apoyo ambos brazos sobre la mesa, mientras dirigía a sus hombres una mirada de arrogancia.

-Esta noche caballeros, trazaremos el desarrollo del ataque-. Se irguió y frotándose las manos dijo.

-Con sus espingardas y nuestras fuerzas, acabaremos por aplastar cualquier intento de rebelión y esta vez para siempre-.

CAPITULO 8

Se acercaban al auchón, dando voces y silbos para guiar al ganado. El polvo levantado por los animales y el calor del día, casi no dejaban respirar con soltura. Las cabras se impacientaban a la puerta de la gora, por la sed que traían. Guabinque llenaba los abrevaderos de agua para saciarlas. Cuando estuvo listo, ordeno a su hermano, dejarlas entrar. Guadote con un rápido vistazo, las contaba mentalmente al entrar para cerciorarse de que no faltaba ninguna.

-¡Están todas!-, le grito a su hermano.

Guabinque se acerco hasta Guadote y le dio el fole, la tasufra y su astia.

-Ahora ve aséate un poco y luego las ordeñas. Yo iré a dar las novedades del día al chaurero-, dijo con voz fatigada.

Guadote se alejo pausadamente hacia el patio central del auchón, mientras su hermano saco un poco de agua para refrescarse y lavarse un poco. Mientras lo hacía, quedo absorto pensando en el encuentro con los chasneros. En su interior, algo le decía que se estaba preparando algo grande. Y albergaba la esperanza, de que tal vez esa sería su oportunidad, si realmente eran pactos de guerra contra los gauripas, de poder demostrar su valor en el combate y alcanzar así la nobleza, para darles una vida mejor a su madre y hermanos. Con estas elucubraciones, llego al pequeño tagoror que presidía la entrada donde habitaba el chaurero. Entro en silencio y se sentó en una de las doce piedras. Como era la costumbre, dio unos suaves y cortos silbos para llamar la atención del jefe del auchón. Poco después, el chaurero salió a la puerta con su guapilé de largas orejera de color negro y su bastón de mando, mientras miraba esbozando una amplia sonrisa al recién llegado. Se aproximó hacia él y Guabinque se levanto rápidamente para irle a besar el brazo izquierdo, señal de respeto a las personas de edad avanzada.

-¡Guabinque!, muchachito ¿como te fue hoy?-, pregunto Guasiegre con un tono paternalista, mientras le hacía señas con las manos para que no se postrara ante él.

Guabinque lo miro sonriente, mientras se levantaba. Los dos sentían el uno por el otro, un sincero y profundo cariño. Guabinque porque veía en él un ejemplo a seguir, de lo que significaba ser un verdadero Guaxit. La figura de Guasiegre era a sus ojos, la de un héroe. Se decía de él, que había alcanzado la nobleza en gestas dignas de endechas y que eran recordadas por los habitantes de toda la comarca. Los combates encarnizados que antaño tuvo con los guabores de Arautapa, le valieron el reconocimiento del Mencey como Guaxit noble y una enorme y aparatosa cicatriz en la frente y nariz, que le daban un aspecto feroz.

Para Guasiegre, Guabingue era como un hijo. Fue compañero de faenas y combates, junto al padre de Guabingue. A la muerte de este y ganada su condición de noble, amparó en su auchón, a sus hijos y mujer.

-Cho, vengo a darle las novedades del trabajo-, expuso Guabingue mientras se sentaba al lado de su jefe.

-Las cabras jóvenes, siguen su estado de engorde con normalidad, la próxima guamulan podremos llevarlas a la gambuesa para que cojan macho. Este achano, nuestro auchón aumentara su ganado Cho, pues son unos animales vigorosos y serán buenas lecheras. Hay algunas Cho, que ya están viejas y les cuesta seguir el ritmo de la manada con energía y su rendimiento de leche no es muy bueno, creo que sería adecuado sacrificarlas para no malgastar los pastos del auchón-.

Guasiegre escuchaba con atención al muchacho. Había confiado a pesar de su juventud, el cuidado del ganado del auchón y se sentía satisfecho por su decisión. Guabingue hizo una pausa, se espanto unos impertinentes mosquitos con la mano y prosiguió su informe.

-Solo hubo algo fuera de lo normal Cho-. Guasiegre lo miro con extrañeza.

- ¿Fuera de lo normal?-, pregunto.

-Sí Cho-, afirmó Guabingue con una modulación de su voz misteriosa.

-Estábamos Guadote y yo jugando en las tarjas, cuando vimos venir a tres personas, dos jóvenes y un Guaxit-. Guasiegre, cada vez más intrigado escuchaba sin pestañear.

-Decían que eran chasneros, que tenían tregua de paso de una guamulan por nuestra comarca y la de Abona. Y que venían dando guardia a su jefe, un sigoñé que había concertado reunirse con nuestro Mencey y el de Abona-.

Guasiegre se levanto, se quito su guapilé y se rasco nerviosamente la cabeza, mientras miraba hacia las posesiones de su auchón meditando lo que acababa de escuchar. Una reunión, entre un capitán chasnero y dos menceyes. Se frotó la cara con gesto de intranquilidad. Dirigió la mirada a Guabingue y le confesó.

-Creo muchachito, que pronto nuestro Mencey nos llamara a consulta-, dijo con voz grave.

-Lo que me dices Guabingue, solo puede significar que los tabores serán puestos en alerta para la guerra-. Guabingue sintió una sensación de vacío en el estomago. Era algo que él ya había intuido y que ahora su chaurero, un experimentado guabor se lo confirmaba. Será, pensó, mi gran oportunidad de entrar en combate. Se levanto exaltado de su asiento y le dijo a Guasiegre.

-Cho, si no desea nada mas de mí, me retiro-. Guasiegre, saliendo súbitamente de sus pensamientos, le contesto.

-Sí, sí muchacho, ve refréscate y come algo-. Cuando ya Guabínque se disponía a salir del tagoror el chaurero, adivinando su alegría lo llamo.

-¡Guabínque!-, grito mientras el muchacho se giro hacia su jefe, que había mudado su semblante a severo.

-La guerra no es un juego-, le espeto tajantemente.

-Solo trae desgracia y sufrimiento para los que se enzarzan en ella. Y te lo dice un viejo, que ha visto morir a sus amigos entre sus brazos. No lo olvides muchachito-.

Guabínque quedo perplejo por las últimas palabras de su jefe. Él, que era un gran guerrero, ¿Cómo podía decir semejante cosa? Salió de allí pensando que el chaurero, debía estar muy viejo y no media sus palabras.

CAPITULO 9

El criado dio unos golpes en la puerta de la estancia y entro en la habitación, interrumpiendo la charla del general y sus hombres.

-Señor, el caballero que esperabais, acaba de llegar-, dijo sumisamente.

Alonso de Lugo se levanto impaciente y ordeno a su criado hacerle pasar sin demora. Al instante, se presento en la puerta, un hombre de mediana edad, delgado y modales refinados.

Jorge Grimón, apodado el "Borgoñón", era un experimentado mercenario que sirvió en las filas de las tropas de los reyes católicos, en la toma de la ciudad de Granada, donde sus espingarderos fueron decisivos contra los moros que la defendían. Hombre bastante hipócrita y calculador, sabía perfectamente moverse en los entresijos cortesanos, lo cual le valió cartas de recomendación para nuevas empresas, como aquella que lo traía a la isla, buscando posición social, haciendas y por supuesto dinero.

El recién llegado hizo una leve reverencia y en un castellano casi perfecto, se dirigió al general.

-Mi señor Alonso, es un inmenso honor conocer al conquistador de las islas por vos sojuzgadas-.

Alonso de Lugo fue a su encuentro con una sonrisa de satisfacción y una mal disimulada modestia, mientras le estrechaba la mano le contesto.

-Caballero Grimón, con vuestras amables palabras solo conseguiréis ruborizarme-.

Alonso hizo las presentaciones de rigor, del recién llegado al resto de invitados. Después de unos breves comentarios de cortesía del anfitrión y haber servido otra ronda generosa de Jerez, se dispusieron a tratar el asunto que los reunía. Alonso de Lugo desplego en la mesa, un tosco mapa de la isla y a continuación señalo con el dedo índice, sobre la comarca de Abona mientras se dirigió a sus expectantes subordinados.

-Mi plan inicial que pondré a la aceptación de todos vosotros, es la de internarnos en la región de Abona, con dirección a la de Adeje. Para ello contaremos en nuestra retaguardia y vanguardia, con tropas auxiliares indígenas de Güimar que conocen perfectamente esta parte de la isla-.

Hizo una pausa mientras dirigía una mirada a su atenta plana mayor y continuó hablando.

-En las costas de Abona hay una buena ensenada, para que nuestras naves desembarquen a los efectivos-, dijo mientras señalaba el lugar encima del mapa con su dedo, que era seguido por su plana mayor y Jorge Grimón.

Bartolomé Estupiñan, hizo un ademán con su mano, para tomar la palabra y Alonso de Lugo movió la cabeza para concederle la misma.

-Señor, desde el punto de vista sorpresivo pudiera ser interesante el desembarco por esa ensenada, pero debéis recordar que hasta la comarca de Adeje distan muchas leguas y la infantería sufriría un desgaste excesivo, junto a las escaramuzas que esos malditos salvajes nos infringirían-.

El general escuchaba, con atención a su capitán de infantería, momento en el que pidió la palabra Diego de Mesa.

-Creo que Bartolomé esta acertado en sus apreciaciones. Yo mismo como capitán de la caballería, tendría serias dificultades para organizar la misma en un terreno tan agreste. Debemos recordar que esos barbaros, saben que nuestras tropas sin la caballería pierden en efectividad y os aseguro que harán todo lo posible por inutilizarla-. Alonso se alejó del mapa dando unos breves pasos y respondió.

-Tenéis toda la razón caballeros. La verdad es que estos infames animales, desde nuestra llegada a esta isla, han aprendido mucho de nuestras tácticas de guerra-. Se detuvo y recorrió con la mirada a todos los presentes.

-Además, la escuadra que comanda el caballero Grimón, no nos seria de mucha utilidad-. Jorge Grimón asintió con la cabeza en ademán de afirmación. El general poso su mirada en su alférez mayor y le interrogó.

-¿Qué proponéis vos Juan Milían?-.

El alférez se acercó más al mapa. Se acarició la perilla con la mano, mientras meditaba su respuesta y comentó al fin.

-Teniendo en cuenta como datos importantísimos, las apreciaciones de nuestros capitanes, creo que deberíamos desplazar el desembarco varias leguas hacia la comarca de Adeje. Tengo por las informaciones de nuestros aliados de Güimar, que en una ensenada de la comarca de Adeje, podríamos llevar a cabo nuestro propósito-.

Se detuvo unos instantes para señalar el punto en el mapa, mientras los demás fijaban su mirada en el lugar. El alférez prosiguió hablando.

-Este lugar es amplio, permitiéndonos el despliegue de nuestra caballería y la ordenación de la infantería, además de permitir sin demasiados esfuerzos la correcta utilización de las armas de nuestro amigo Grimón-.

Alonso de Lugo, alzo la vista hacia su alférez mayor y pensó que en verdad había hecho una muy buena elección, alistando en su tropa a Juan Milián. A pesar de su juventud tenía unas dotes como estrategia militar inusuales.

-¿Señor os parece acertado?-, le pregunto el alférez. El conquistador salió de súbito de sus pensamientos y miro hacia Juan Milían.

-Creo que es una magnifica estrategia-. Alonso tomo aire mientras meditaba sus palabras.

-Caballeros quiero terminar con estos salvajes de una vez por todas. No creo que unos diezmados barbaros sean motivo suficientes para retrasar nuestro cometido-, dijo sonriendo con arrogancia.

-Bien esto es lo que dispondré. Dado que nuestra empresa cuenta con el inestimable apoyo del caballero Grimón y sus espingardas, creo que los efectivos de infantería y caballería deberán ser los mínimos, pues aunque la movilidad del terreno donde desembarcaremos es amplia, debemos aprovechar el efecto sorpresa, que las espingardas surtirán en esos barbaros-.

Se interrumpió por unos instantes, mientras con la mirada fija en el mapa, pareciera estar obteniendo las respuestas precisas. Miro a Diego de Mesa y le pregunto.

-¿Podríamos contar, capitán Mesa con veinticinco jinetes diestros y sus monturas?-.

El capitán medito unos instantes su respuesta y contesto.

-Dispongo de esa cantidad de caballos, pero solo de quince jinetes diestros en batalla, señor-.

Alonso miro inquisitoriamente a su capitán de caballería.

- ¿Habéis desmovilizado ya a los jinetes?-, le pregunto con el seño fruncido.

-Señor, debéis recordar que en el desgraciado día del desbarato en Acentejo, perdimos a los jinetes más diestros en batalla-.

Hizo una pequeña pausa, intentando buscar las palabras adecuadas pues los otros dos hombres de su plana mayor, sabían de los malos recuerdos que para el general, fue aquella batalla y de lo irascible que se volvía al recordarla.

-Aun así-, prosiguió el capitán.

-Si el flanco a cubrir no es muy extenso, os aseguro señor que quince jinetes diestros, son suficientes para nuestra operación-.

Alonso de Lugo permanecía con los brazos cruzados, acariciando la horrible cicatriz de su boca, como si estuviera rememorando el día que se la hicieron.

-Vos Bartolomé-, dijo súbitamente y dirigiendo su mirada al capitán de la infantería.

-¿De qué efectivos disponéis?-

El capitán como impulsado por un resorte invisible, se incorporo de la mesa y contesto.

-Cien peones señor, curtidos en batalla, la última la que acaban de entablar con unos nativos donde llaman Garachico, sofocando una revuelta satisfactoriamente y sin sufrir ninguna baja señor-.

Alonso de Lugo rio maliciosamente por lo que acababa de escuchar a su capitán.

-Bien señores,- dijo mientras alargaba sus manos y se apoyaba encima del mapa.

-Vos Diego concentrareis en nuestro fuerte de Santa Cruz, vuestros quince jinetes y sus monturas, junto a vos caballero Grimón y vuestros hombres, el próximo mes de septiembre a día 28-. Giro su cabeza hacia donde se encontraba el capitán Bartolomé y le ordeno.

-Vos Bartolomé, quiero que dejéis en Garachico veinticinco peones guarneciendo la plaza y el resto de la tropa la embarquéis al amanecer del día 28 de Septiembre y os dirijáis hasta la rada de Santa Cruz, donde recogeréis los efectivos del capitán Diego y los del caballero Grimón-.

Se detuvo unos instantes con la mirada en el mapa y prosiguió hablando.

-Quiero que desembarquéis los efectivos en la ensenada de Adeje, en donde dice en lengua de esos salvajes, Magote con las primeras luces del alba del día 29 y toméis posiciones-.

Todos seguían atentamente las indicaciones del general, mientras Alonso siguió hablando.

-Os desplegaréis de la siguiente forma. Vos caballero Grimón quiero que vayáis en vanguardia con vuestros hombres. Quiero que esos salvajes, queden aterrados cuando sientan la descarga de vuestras armas de fuego. Vos Diego con la caballería desplegada en el centro. Después de las dos hondonadas de las espingardas, sembrareis el desconcierto entre esos barbaros, con vuestros jinetes-.

Se detuvo unos instantes y clavo su mirada encolerizada sobre el capitán de la caballería.

-No quiero que tengáis piedad, capitán. ¡Aniquilarlos a todos!-

Con los puños apretados y con una expresión de ira, que intranquilizaba a sus interlocutores, continuó hablando.

-Os diré caballeros, que en esta isla se ha derramado mucha sangre de valientes hidalgos, que junto a mi emprendimos la empresa de conquistarlas para nuestras católicas majestades y ganarlas en almas para nuestro señor Jesucristo-.

Dio unos breves pasos hacia los amplios ventanales y se detuvo con la mirada perdida, a través de ellos.

-He gastado cuanto poseía, tanto en dinero como en hacienda en esta labor y os juro por Dios, que tanta sangre de gente de valía y riquezas, no serán en vano-. Se giro y se dirigió a todos los presentes.

-Caballeros, tengo intenciones de partir para Castilla a finales de este mes de julio, para presentarme ante sus altezas y así obtener por escrito mis nombramientos como gobernador y adelantado de estas islas de Tenerife y La Palma. Junto a mí, llevare a los jefes que firmaron la rendición en las faldas de Tigaiga para rendirles vasallaje a sus majestades. Es urgente que parta para este menester, pues ya obtuve una demora para la terminación de la misma y los plazos están al cumplirse. No quiero que ningún perro salvaje, estorbe a mis pretensiones. Deseo que os apliquéis con celo a vuestra tarea y reduzcáis a esos barbaros a sangre y fuego, bauticéis a todo aquel que así lo quiera y que paséis a cuchillo a quien no fuera su gusto de abrazar nuestra fe. Es por ello que deajo esta operación en vuestras manos-.

Termino diciendo fríamente, mientras su mirada y facciones tenían expresiones siniestras.

-Me he explicado con suficiente claridad-, dijo remarcando cada una de las palabras.

-¡Si señor!-, contestaron todos al unísono.

De repente, en el exterior se oyó un fuerte golpe a maderas, seguido de ladridos. Los cinco militares, se abalanzaron hacia la ventana mientras pudieron atisbar a través de ella en la oscuridad, una sombra que se alejaba a toda prisa. Un soldado lleo corriendo con una antorcha en la mano. Alonso de Lugo le inquirió desde la ventana.

-¿Qué ocurre?!-.

El soldado con la respiración entrecortada, miro hacia arriba y contesto.

-¡Señor, era uno de esos salvajes!-.

-¡Prendedlo vivo!-, le grito Alonso, mientras se volvía hacia su plana mayor.

-Empezad los preparativos. No quiero que se demore más-.

CAPITULO 10

Después de tomar algo de comer, Guabinque y su hermano Guadote junto a otros amigos, se encaminaron a la morada del viejo canco como hacían cada tarde para escuchar las muchas leyendas e historias de las que guardaba memoria el viejo sacerdote. Ya oscurecía cuando llegaron y el canco los convidó a entrar en su pequeño tagoror.

-Sean bienvenidos muchachos. Pasen, pasen-, les dijo amablemente.

Los recién llegados besaron el hombro izquierdo del canco. Se sentaron alrededor del fuego que tomaba tonalidades amarillentas a verdosas cada vez que el canco arrojaba puñados de sal al mismo, mientras recitaba letanías para alejar a los seres del lado oscuro que por allí pudieran estar.

En un rincón de la entrada de su cueva, estaba colocado el guatima, su distintivo como sacerdote del culto Magote. Una gran y suave humareda de plantas aromáticas, mezcladas con cebo de cabra creaban una sensación de sosiego al lugar. El viejo Tigor, salió de su estado meditativo y se sentó frente a los jóvenes, con su cara pintada con almagre y manteca de ganado que le daban un color rojo intenso y dos gruesas líneas negras debajo de los ojos, confiriéndole un aspecto misterioso. Echo otro puñado de sal al fuego, el cual se alzó rápidamente y emitió crepitar.

-Esperen un momento muchachos. No hablen todavía, hay seres del abesan que se resisten a marcharse de aquí-, les dijo a los jóvenes que empezaban a sentir aprensión.

El canco levanto levemente la cabeza y torno los ojos en blanco mientras seguía recitando las imperceptibles letanías, bajo la atenta mirada de los invitados. Instantes después, volvió a echar un puñado de sal al fuego, y este respondió con un fognazo de luz blanquecina.

-Testigos de tu grandeza somos, Achaman-, dijo pausadamente, mientras se dirigía a sus atemorizados huéspedes con una amplia sonrisa.

-Ya podemos hablar muchachitos, el centelleante está con nosotros-.

Guabinque levanto la mano pidiendo la palabra y Tigor asintió con la mirada concediéndosela.

-Venerable Tigor, ¿Qué crees que los extranjeros quieren de nosotros?-.

El viejo canco quedo estático mirando al fuego, bajo la atenta ojeada de los jóvenes.

-Desde que los aberruntos de la noche, en la montaña de Ahiyo, bajo el fuego y el humo, nos avisaran de la llegada de los gauripas, nunca comprendimos sus verdaderas intenciones. Ahora muchacho, los mensajes de los espíritus se hacen más claros, después de ver cómo han obrado en nuestras comarcas. No quieren nuestra amistad, sino nuestra tierra, nuestro ganado y nuestras vidas-

-Yo ya no lo veré-, dijo mientras no apartaba su vista del fuego.

-Pero muchos ustedes tendrán que pasar muchas penas, pues no se acostumbrarán a las leyes de los extranjeros. Vinieron para enseñorear esta tierra y sus comarcas, pueden estar seguros que lo harán, con mucho sufrimiento para nuestro pueblo-, sentencio mientras su rostro se tornaba triste y una lagrima rodo por su mejilla, mientras seguía fijamente con su mirada, el aletear de las llamas.

Guabinque, rodeo con su brazo al viejo, para reconfortarlo y le dijo.

-Aquí estamos nosotros, venerable Tigor, para defender nuestra comarca acosta de nuestra vida-

-No sufra venerable, expulsaremos a esos gauripas y volverá la paz a nuestras comarcas-, le expresó, con una amplia sonrisa.

El canco le miro con ternura a los ojos, como queriendo ver el futuro a través de Guabinque y le acaricio los cabellos. Se levanto de su asiento, entro en su morada y minutos después aparecía en la puerta con una gran piel de macho cabrío, que contenía arena negra. La extendió en el suelo y sobre la arena trazo con su dedo cuatro hileras de seis hoyos cada una. Luego cogió con sus manos seis pequeñas bolitas de toba volcánica blanca y miro al cielo con los ojos entornados, mientras las sacudían enérgicamente, dijo.

-Que hablen los maxios de los antepasados-. Y a continuación las tiro al aire.

Las bolitas cayeron encima de los hoyos, bajo la atenta mirada del canco que empezó nuevamente a murmurar letanías. Los asistentes al ritual, miraban alternativamente al canco y a las bolitas que habían tomado formas caprichosas en la arena, sin entender nada.

Después de un rato de meditar las figuras que conformaban las bolitas y los hoyos, Tigor miro fijamente a Guabinque y habló.

-La fuerza, en la defensa de nuestras costumbres, no está en las armas Guabinque-, dijo con voz cavernosa.

-Los antepasados te dicen que cada uno de nosotros, tenemos nuestros destinos grabados en las estrellas. Ya se ha cumplido nuestro tiempo. Tú debes cerrar la puerta y guardar la memoria, para que cuando se reanude el ciclo, los hijos de tus nietos vuelvan abrir el acceso y recuperen el recuerdo de nuestro pueblo y no se

sientan huérfanos, pues tendrán en ella raíces tan profundas y fuertes como los balos que crecen en los barrancos-.

El canco tomo aire y prosiguió hablando.

-Tú fuerza está en la palabra Guabinque y debes estar atento, pues vendrá a tu encuentro dentro de muchas lunas. La reconocerás pues la palabra voz con la que se conocerá, encierra la fuerza de las vivencias de toda la tierra de Guina-.

Súbitamente el canco cayó al suelo, mientras todos los asistentes se abalanzaban rápidamente para ayudarlo a incorporarse. Tigor pareció despertar de un profundo sueño, mientras les decía jocosamente.

-¡Cada vez estoy más torpe en mi cometido!-, dijo mientras su comentario era coreado con grandes carcajadas por todos los asistentes.

Guabinque enmudeció y su boca se reseco por los nervios. Las palabras de los antepasados, por boca de Tigor, resonaban aun en su cabeza. La verdad es que el esperaba un destino como guerrero, pero esto le desconcertaba en gran manera. Mientras estaba ensimismado en sus pensamientos, oyó a su hermano Guadote que le decía al viejo canco efusivamente.

-Venerable, cuéntenos la memoria de la creación de los Guaxit-, dijo mientras era respaldado en murmullos por el resto de los muchachos.

El viejo canco cogió un puñado de sal y lo tiro nuevamente al fuego que respondió con una inesperada ráfaga de luz blanca.

-En el principio-, comenzó su relato, seguido muy atentamente por su joven auditorio.

-Era nuestra abuela, que tenía forma de ganigo de color rojo y negro. Se llamaba Atenai. Ella llevaba en su interior el germen primero, tan blanco y espeso como la leche mecida, y pidió a la lluvia que la hiciera fecunda pues ella sola no podía ser madre. Una noche en que la luna tenía los cuernos virados hacia el cielo, Atenai subió a lo más alto de la montaña Ahiyo. La lluvia llevo hasta ella, susurrándole las más bellas palabras de amor, tan dulces como miel de abejas, rozándola con su frescura. Atenai sitio que el germen primero que albergaba, se estremecía y crecía en su interior, hasta que no pudo más y con un inmenso grito se rompió en mil pedazos y derramo el cuerpo de la madre primera de los Guaxit, que se llamo Xantena, la cual tenía el don de poder parir a hombres y mujeres-.

El canco hizo una pausa, mientras recorría con la mirada y un halo misterioso en su semblante, a sus atentos invitados y continuó su relato.

-Pero al parir a hombres y mujeres, se dio cuenta que no tenia maxios suficientes para todos ellos y decidió dividir cada uno en dos mitades. La parte que rige la maternidad y la dulzura se la dio a las mujeres y la que rige la fuerza y el trabajo se

la dio a los hombres. Es por eso, que cuando una mujer reconoce en un hombre su otra parte del maxio, se une a él irremediamente y le entrega su ganigo para dar vida, a otro Guaxit-.

CAPITULO 11

Ya era noche cerrada, cuando los bucios anunciaban la llegada del chasnero Ichasagua al tagoror principal. Su guardia personal, se detuvo frente a la entrada del recinto y deposito las armas en el suelo. A continuación su sigoñe les dio órdenes de refrescarse y se dirigió a los sirvientes para que dieran alimentos a sus guabores. Ichasagua, era un hombre hecho por las circunstancias. Su entereza en el combate y su determinación para dirigir a los alzados en las montañas, le habían valido el respeto y admiración de muchos achicasna y achicanay de todas las comarcas. Parco en palabras pero de una gran inteligencia había llegado a las montañas, como todos los chasneros, después de ser durante años un servil achicanay, repudiado por todos, para hacia el final de sus días ver como muchos de sus jefes comarcales, se rendían en Tigaiga a los gauripas. Para él, las clases nobles de su sociedad antepusieron sus privilegios antes que la honra y la defensa hacia su pueblo dada en juramento ante los huesos de Tañe.

Es por ello que no sentía demasiadas simpatías por las castas más altas. Para él, que lo único que poseía era su orgullo y su fuerza, los privilegios no contaban y trataba a sus subordinados como verdaderos hermanos, unidos en la causa común que hoy lo traía hasta aquí. Ichasagua, el antiguo achicanay y hoy orgulloso chasnero, era el ejemplo viviente que la defensa de la tierra y sus tradiciones no conocía de castas sino de unidad y lucha hasta la muerte.

Al entrar en el amplio tagoror, Ichasagua vislumbro a la luz de los hachones encendidos, las figuras que avanzaban hacia el de los dos menceyes.

-¡Ahul!-, dijo Ichasagua, saludando a los dos jefes comarcales, mientras entraba y avanzaba hacia ellos.

-¡Ahul!-, contestaron un entusiasmado Atbitocarpe y un sorprendido Atguaxoña.

-¿Es que no se va a prostrar, ni siquiera por respeto?-, dijo susurrando Atguaxoña.

-No parece muy dispuesto a ello Atguaxoña, pero creo que no merezcamos dicho honor de un verdadero defensor de la tierra-, replico áspera y socarronamente Atbitocarpe.

El recién llegado saludó fría y secamente a sus anfitriones mientras era agasajado con distintos manjares, por los sirvientes. Después de refrescarse el recién llegado, e intercambiar vanos comentarios del viaje y tomaron asiento. Atbitocarpe tomo la palabra y expuso con tono solemne.

-Hermanos, estamos aquí para intentar llegar a juntar nuestras fuerzas contra los extranjeros, que amenazan con adueñarse de nuestras comarcas-.

-No podemos por más tiempo luchar en desunión, pues esto ha sido la causa de que los gauripas se hicieran fuertes en las comarcas vecinas-, hizo una pausa mientras se dirigió al chasnero que lo seguía atentamente y continuo hablando.

-Ichasagua, nuestras dos comarcas queremos cerrar un pacto contigo, para que junto a nuestros guabores iniciemos un ataque contra los invasores, pues nadie mejor que tú que conoces sus costumbres en la guerra, para expulsarlos definitivamente de nuestra tierra-.

-¿Crees que podamos llegar a un acuerdo?-.

Ichasagua se levanto de su asiento y dio unos breves pasos hasta los bordes del tagoror, donde se encontraba un pequeño ganigo con la leche del que debían beber para cerrar la alianza, mientras meditaba las palabras de Atbitocarpe.

-Dime Atbitocarpe-, expreso al fin.

-¿Las verdaderas intenciones son las de defender nuestra tierra, tu comarca y sus gentes? ¿O la de asegurar tus privilegios como noble?-.

En ese preciso instante Atguaxoña, que había estado expectante a la conversación interrumpió a Ichasagua, mientras se encaraba hacia él, lleno de ira.

-¡Pero, ¿habrase visto semejante insolente?!-.

-¿Cómo te atreves y con qué autoridad villano, le hablas a mi hermano de esa manera?!-.

-¿Acaso se te olvida que eres un achicanay?!-, bramó mientras Atbitocarpe se interponía entre él y el chasnero.

Ichasagua permaneció impertérrito con los brazos cruzados, mientras le dedicaba una gélida mirada y le contesto con voz enérgica.

-Hablo, con la autoridad de quien ha visto con sus ojos, como los gauripas degollaban fríaente a mujeres y niñas por defenderse a no ser violadas-.

-Hablo, con la autoridad de quien ha visto con sus ojos, encontrar los cuerpos muertos de su padre y su madre con las tripas afuera, por no revelar a los extranjeros donde estaban sus hijos varones-.

-Hablo, con el atrevimiento de quien ha visto la muerte y tiene cicatrices horribles en su cuerpo, combatiendo sin desfallecer en las montañas, a los gauripas-.

-Hablo, de quien no negará nunca fue un achicanay servil y sumiso, al cual jamás se le olvidara como hace varias lunas, menceyes de otras comarcas, se rendían a los extranjeros a las faldas de Tigaiga-, concluyo serenamente, mientras daba la espalda a los dos menceyes y retomaba su asiento.

Atbitocarpe y Atguaxoña quedaron enmudecidos y paralizados por las dramáticas palabras de Ichasagua. Sabían que los gauripas no eran precisamente muy generosos con sus vencidos, pero lo que acababan de escuchar superaba toda la maldad inimaginable con la que se les pudiera describir. Los dos menceyes se dirigieron hacia Ichasagua y se sentaron a ambos lados del chasnero.

Ichasagua desvió su mirada hacia el cielo que presentaba la noche cargado de miles de estrellas centelleantes.

-Mi pobre madre, siempre me acunaba amorosa y plácidamente para dormir en noches como estas, cantando viejas endechas de los antepasados que recorrieron mucho antes que nosotros estas comarcas-, comentó Ichasagua, mientras su semblante se tornaba nostálgico y su vista no se apartaba del cielo.

-Y deseo con toda mi alma, que mis hijos y los hijos de mis hijos fueran acunados de la misma manera placida, bajo el mismo manto de estrellas y escuchando parecidas endechas-.

Bajo su mirada y la fijo en sus interlocutores mientras sus mejillas eran recorridas por dos lágrimas gruesas como gotas de lluvia.

-¿Y ustedes? ¿Cómo quieren que acunen a los suyos?-. Interrogó a los sorprendidos menceyes por aquella pregunta.

-Quisiéramos que fueran acunados de igual manera Ichasagua-, contesto comprensivo y enternecido Atbitocarpe, mientras Atguaxoña afirmaba con su cabeza.

-Por eso te pedimos humildemente Ichasagua, unas tus fuerzas a nuestras comarcas-, se expreso Atguaxoña avergonzado.

Inesperadamente, un guabor interrumpió la reunión, llegando hasta Atbitocarpe visiblemente alterado y jadeando. Doblego la rodilla en tierra, mientras se dirigía al Mencey.

-Señor, hemos encontrado muy mal herido a un chasnero en los límites de nuestra comarca-, explicó con la respiración entrecortada.

-Dice ser enñi de Ichasagua-.

El chasnero al oír al guerrero su explicación, salto como empujado por una mano invisible de su asiento-.

-¡Redo!-, expresó en voz alta.

-¿Dónde se encuentra?-, inquirió el chasnero con tono angustiado.

-Lo traen hacia aquí señor. Dice portar un mensaje importante para usted-.

Atbitocarpe le hizo una señal al guabor para que se retirara, mientras pedía explicaciones a Ichasagua sobre la identidad del mensajero.

-Envié-, comenzó el chasnero, -a las llanuras de Agüere, donde los forasteros han hecho sus moradas, un enñi que conoce la lengua de los extranjeros, pues tenía informaciones que el jefe de los gauripas concertó reunirse con sus hombres de guerra-.

En ese preciso instante, dos guabores entraban casi arrastras a un hombre maduro, con un terrible desgarró en su muslo, que dejaba entrever el hueso y una flecha de ballesta incrustada en la espalda a la altura de su omóplato, que le había destrozado un pulmón. Lo depositaron en el suelo mientras, Ichasagua se arrodillaba a su lado y le tomaba delicadamente la cabeza entre sus brazos.

-Redo, hermano ¿Qué te paso?-, le dijo dócilmente al mensajero.

-Ichasa...gu-, intento pronunciar el herido mientras de su nariz y boca, brotaba un intenso hilo de sangre espesa.

-Suuu...tranquilo hermano, estás conmigo, estás conmigo-, le susurro mientras le apartaba los cabellos de su frente.

-Pla...planean desembarcar en los Mago...tes con muchos hom...bres, al final de dos guamulan. Des...después del Beñesmet-. Ichasagua miro a los dos menceyes que permanecían expectantes y compungidos por la escena.

El enñi temblaba y sangraba copiosamente, mientras miraba fijamente a Ichasagua, con lágrimas en los ojos. El sigoñe de los chasneros, se fijo detenidamente en las heridas de su amigo y pensó que irremisiblemente estaba cerca su fin.

-Qui...quieroirme ya, mu...mucho dolor. Dam...Dame la muerte her...mano-, dijo con dificultad, mientras Ichasagua apretaba sus mandíbulas y deslizaba la mano hasta tapar la boca y nariz del herido, mientras entre lágrimas le decía.

-Parte tranquilo hermano, hoy fuiste valiente. Que Achaman guie tus pasos hasta Magec-.

El herido dio pequeños estertores con su cuerpo, hasta que dejó de moverse tras un hondo suspiro y sus ojos, fijos en Ichasagua, perdían el brillo de la vida. El sigoñe, deposito suavemente la cabeza de su amigo en el suelo. Después de secarse con el brazo las lagrimas, se irguió y encamino hacia el lado del tagoror donde se encontraba él ganigo con la leche. Lo tomo entre sus manos y alzándolo, les dijo a los dos menceyes, que lo observaban desconcertados.

-Acepto el pacto. No demoremos más el fin, que esta noche nos reúne-.

CAPITULO 12

La comarca de Adeje, bullía en alegría y festividad. La fiesta del Beñesmet era todo un acontecimiento para todas las comarcas de la isla. Junto a la fiesta del Achun Magec, era la celebración más importante para los Guaxit. Durante seis días, el Mencey de cada comarca, sufragaba los gastos de comida para todos los habitantes el tiempo que durara las festividades. Todas las comarcas pactaban treguas, y se podía pasar de una a otras sin incurrir en delito. Era tal la importancia, que en esos días estaba permitido la reunión de las distintas clases sociales, que participaban por igual de ceremonias, competiciones y danzas rituales.

En otros territorios de la isla, ocupados ya, por los extranjeros se siguieron festejando estos días, pero bajo advocaciones de santos del nuevo culto religioso traído por los gauripas.

Muchos de los habitantes de la comarca de Adeje, no imaginaron nunca que estaban asistiendo a los últimos festejos, como Guaxit, del Beñesmet.

-¡No te puedes parar ahora Guabinque!-, le gritaba Guadote a su hermano, mientras este descansaba con un pesado callado de mar entre los brazos, mientras jadeaba y sudaba abundantemente.

La gente gritaba eufórica a los participantes del Sogo, una de las competiciones más importantes de aquellas celebraciones, que consistía en recorrer a la carrera una distancia desde la costa hasta medianías, con un pesado y enorme callado de mar entre los brazos. Las reglas de este desafío, no impedían parar para tomar descanso o agua, pero si imposibilitaban que el corredor depositara la piedra en el suelo, si esto ocurría quedaba descalificado en el acto y sería objeto de burla por parte del público asistente.

-¡Arafara te sigue los pasos!-, volvió Guadote a increpar a su hermano.

Guabinque tenso los músculos de sus piernas que ya parecían dejar de obedecerle, se lleno los pulmones de aire con una profunda ex salación y reemprendió la carrera. Echo un último vistazo hacia atrás y pudo ver que Arafara, otro participante en la competición de origen noble, le seguía de cerca con la boca abierta de par en par y los ojos desenchajados por el esfuerzo. Guabinque sentía a cada paso que avanzaba que se le iba a salir el corazón por la boca. El calor insoportable de la mañana dificultaba aun más la carrera.

Ya se divisaba la meta, en el punto designado para dar por concluida la misma, cuando Arafara, dio un fuerte impulso a su carrera y se colocó justo al lado de Guabinque, que lo miraba de reojo sin dejar de aminorar el ritmo de sus zancadas.

Faltando pocos metros para llegar al término de la carrera, Arafara miró ladinamente a Guabinque, mientras que de un rápido y certero puntapié hizo perder el equilibrio a este, que veía como todo su cuerpo caía pesadamente a tierra y con ello la pérdida de llegar victorioso a la meta. Su hermano Guadote llegó corriendo hasta donde estaba. Le levantó, mientras le sacudía la ropa del polvo y pequeños regueros de sangre recorrían sus codos y rodillas.

-¿Qué ha pasado, hermano?-, pregunto Guadote visiblemente disgustado.

-¡Ese imbécil me ha hecho caer adrede!-, contesto Guabinque aun sofocado y rabioso, mientras veía en la meta a Arafara agasajado por la gente.

-Esto no se queda aquí-, le dijo a su hermano masticando las palabras.

Guabinque se sacudió su tamarca y se dirigió a la meta, mientras la gente lo increpaba con comentarios bromista sobre su estrepitosa caída.

-Cho, ese hombre me ha hecho caer intencionadamente-, expuso al chaurero que hacía de juez de la carrera.

-Y quiero una explicación-, dijo con determinación mientras, se hizo un silencio profundo entre el público y el ambiente se hacía tenso.

El chaurero miró severamente a Arafara y le interpeleó.

-¿Es cierto lo que dice este muchacho, Arafara?-, dijo el chaurero con expresión grave.

Arafara miró con desprecio a Guabinque, mientras dijo con una leve sonrisa y voz en alto para que la gente lo escuchara.

-¿Vas a creer Cho, a un achicasna que su lengua no expresa más que el rencor por haber perdido con un achiquitixó?-,

-¡Vuélvete a tu auchón villano, antes de que te corte esa lengua imprudente!-, le espetó ásperamente dirigiéndose a Guabinque, mientras este notó como la boca se le resacaba.

Guadote adivinando las intenciones de su hermano intentó tirar del brazo de este para que no se metiera en jaleos. Guabinque se zafó bruscamente de la mano de su hermano dio unos pasos e increpó al noble que ya le daba la espalda para alejarse de allí.

-Es cierto señor que soy un achicasna-, se expresó Guabinque en alta voz para ser escuchado por todos.

-Pero también es cierto que se espera nobles actos de un achiquitixo y no acciones ruines para poder ganar con amaños lo que su cuerpo no le puede dar por derecho-.

Arafara se había girado hacia Guabinque y le dedicaba una gélida mirada, mientras deslizaba suavemente su mano hacia su tamarca en busca de su tabona.

-Juro por la estrella que nos alumbra, que la verdad es lo que sale de mi lengua-, continuo hablando Guabinque.

-Y para demostrarlo, te desafío al chipenque y que la divinidad sea mi testigo-, concluyo.

La gente que asistía al embrollo, quedo expectante cuando oyó pronunciar la palabra chipenque y la juramentación de Guabinque. En la cultura de los Guaxit nadie desafiaba en vano al chipenque y mucho menos juramentaba por Magec. Se creía que alguien que llegara a esos extremos no podía perder una justa así, pues el consejo de ancianos que aplicaba la amena, le castigaría a cien golpes de vara en la espalda dentro de un circulo si era achicasna o reclusión en una cueva durante varias lunas si era noble, por mentiroso. Si por el contrario, perdía el que era desafiado se le aplicaba el mismo castigo por entender el consejo de ancianos, que había participado para limpiar su falsedad.

Arafara, tabona en mano y furioso, hizo amago de ir sobre Guabinque, momento en que el chaurero se interpuso entre los dos y le pregunto secamente.

-¿Aceptas el combate?-, dijo mientras lo miraba fijamente.

-Si acepto, hoy mismo antes del sol de los muertos-, contesto Arafara no muy convencido.

El chaurero se dirigió a uno de los enñi del Mencey y le dijo nerviosamente.

-Vete y da cuenta al tagoror principal de lo que aquí ha sucedido-.

Caía la tarde, con el disco solar penetrando en el horizonte. Con el sol de los muertos, como era conocida entre los Guaxit los atardeceres, fue llenándose de público la guácara donde tendría lugar el desafío. El Mencey entro en el recinto, seguido del consejo de ancianos y tomaron asiento. Entre el público que se había congregado para asistir al combate del chipenque se encontraba Ichasagua, que intrigado por el desafío de un achicasna a un achiquitixo se desplazo con sus guerreros para ver la lucha.

-¿Qué necesidad tienes de esto Guabinque?-, le preguntaba Guasiegre, jefe de su auchón.

-Cho, me dejo en ridículo con mañas en el Sogo y no quiso reconocer que hizo trampas-, decía Guabinque, confiado en su razón.

-Pero muchachito, ¿no ves que ese noble tiene experiencia en combate y tu todavía no?-.

-No me importa Cho, yo tengo la razón-, sentencio Guabinque convencido.

Guasiegre alzo la vista y las manos al cielo, como dando por perdido los consejos que le daba al muchacho.

-Está bien, ya que no quieres oír mis advertencias, lo menos que puedo hacer es prepararte para el desafío. Quizás evite que ese engreído te haga mucho daño-, le dijo mientras le dedicaba una amplia sonrisa y le alborotaba los pelos con la mano.

-Gracias Cho, será para mí un orgullo tenerlo a mi lado-.

-Bueno, empecemos entonces, desnúdate y prepárate para darte el amulan-, le dijo enérgicamente.

El chipenque, era una modalidad de combate que se utilizaba para dirimir desavenencias, que afectaban al honor de uno de los contendientes. Consistía, en que dos adversarios metidos dentro de un círculo tan grande como trazara la autoridad con su añepa, juntaban las piernas derechas de ambos y eran atados a la altura de la rodilla para que no pudieran separarlas. Los adversarios, previamente se habían atado las muñecas y los dedos de la mano a excepción del dedo pulgar, que era el empleado en dar los mortales golpes de esta singular justa. Las reglas que lo regían, dictaminaban que quien saliera del círculo marcado, era descalificado en el acto y se le consideraba perdida su acción en el duelo. Solo se podía defender de los golpes del contrincante, esquivando su cuerpo. Los combatientes experimentados de esta modalidad, conocían exactamente los doce golpes principales para infligir daños al oponente y sus diferentes combinaciones. Pero también, conocían los cinco golpes mortales que podían provocar desde parálisis del cuerpo, rotura de órganos internos y la muerte.

Guabinque se deshizo de su tamarca y el chaurero empezó frotándole la manteca de ganado que se utilizaba en los combates de lucha cuerpo a cuerpo y que mezclados con las yerbas debidamente preparadas en su proporción justa, harían sobrellevar el dolor de los terribles golpes de esta modalidad de combate, por su efecto anestésico. Después de aplicarse la manteca, el chaurero le vendo con tiras de piel las muñecas y le sujeto fuertemente los dedos, dejando solo el pulgar libre. Para terminar, Guabinque se cubrió los genitales con una amplia tira de piel de cabra y se sentó nervioso a esperar la señal del consejo.

El bucio trono en señal de llamada a la guácara, de los dos oponentes.

-Es la hora muchacho-, le dijo Guasiegre colocándole la mano en su hombro.

Los dos se dispusieron a salir de la improvisada habitación donde se habían preparado.

Guasiegre caminaba delante, seguido por Guabinque que avanzaba con paso firme mientras era coreado por la muchedumbre que ya se encontraban en los alrededores de la Guácara, plaza pública utilizada para ceremonias comunitarias. Ambos contendientes entraron en la guácara y avanzaron hasta el consejo de ancianos que impartía la justicia, presidida en esta ocasión por el Mencey Atbitocarpe.

Al llegar hasta donde se encontraban, los dos combatientes y sus acompañantes se postraron ante ellos en señal de sumisión. Uno de los criados del Mencey, levanto en alto su añepa al tiempo que se hacia un silencio profundo entre el gentío. Atbitocarpe se dirigió hacia ellos y les hablo.

-Levántese-, les dijo autoritariamente.

Los contendientes y sus acompañantes obedecieron la orden. Se levantaron, permaneciendo quietos y en silencio. El Mencey se puso en pie y voz en alto se dirigió a todo el que asistía como público.

-Nos encontramos aquí, para que estos dos hombres resuelvan sus diferencias, derivadas de la competición del Sogo que se celebros esta mañana-.

-Un achicasna, acusa a un achiquitixio de causarle la perdida de ganar la carrera, utilizando malas mañas-.

-El consejo de ancianos, resolvió dar la oportunidad al agraviado y al acusado del agravio, de defender su honor ante toda la comarca. Así mismo, este consejo a dispuesto para aquel de los dos, que pierda la justa, se de doscientos golpes de vara en la espalda para el achicasna y encierro en cueva durante tres lunas llenas para el achiquitixio-.

El Mencey fijo su mirada en el noble y le dijo.

-Arafara, achiquitixio del auchón de Bisechi ¿aseguras venir libremente a esta guácara?-.

-Si señor-, contesto Arafara arrogante.

-¿Sabes que te ocurrirá si pierdes la justa?-.

-Si señor-.

-Guabinque, achicasna del auchón de Guasiegre ¿aseguras venir libremente a esta guácara?-.

-Si señor-, contesto firme Guabinque.

-¿Sabes que te ocurrirá si pierdes la justa?-.

-Si señor-.

El Mencey se dirigió nuevamente hacia los asistentes al combate y expresó con voz grave.

-Sean entonces bienvenidos. Que toda la comarca sea sus testigos y la divinidad sea resguardo del justo-.

La gente que se agolpaba en los contornos de la plaza pública, irrumpió en aljijides con gran alboroto, mientras los contendientes se iban a cada lado de la guácara para prepararse. Guabinque miro de soslayo y vio a su madre que junto a sus hermanos permanecían expectantes.

-Conoces las técnicas Guabinque, solo tienes que mover la cintura ágilmente-, le decía Guasiegre, mientras le señalaba con un gesto de su cara hacia el oponente.

-Como ves muchacho, Arafara no podrá moverla mucho, ha perdido la cintura por culpa del gofio y la carne de los baifos-, le dijo riendo abiertamente.

Guabinque dio unos breves brincos para quitarse los nervios y se dispuso a ir hasta el centro de la plaza, donde un anciano del consejo, trazaba con su vara un círculo en el suelo.

-Guabinque-, le llamo Guasiegre.

Guabinque se giro y se acercó hacia el chaurero. Mientras este le tendía la mano con un collar de cuentas de barro negro.

-Esto perteneció a tu padre, mi gran amigo-, le dijo visiblemente emocionado, mientras le tendía la mano con un collar de cuentas de barro negro.

-Estoy seguro de que hoy estaría muy orgulloso de ti, tanto como lo estoy yo muchacho-.

Guabinque se colocó en el collar y le dio un apretón de manos al chaurero.

-¡Venga, ahora vete y se valiente!-, le indicó Guasiegre, disimulando su sensiblería.

Guabinque entro en la plaza con vivas muestras de júbilo por las castas de los achicasna y achicanay. En el círculo lo esperaba un vanidoso Arafara que se atusaba su larga cabellera, signo de su estatus social. Se encararon de medio lado mientras dos guerreros les ataban a la altura de la rodilla.

-Suerte, señor Arafara-, le expresó Guabinque fija y ásperamente.

-La que a mí me sobra y a ti te hará falta villano-, le respondió este despectivamente y con una leve sonrisa.

Uno de los miembros del consejo de ancianos, que permanecía de pie junto a ellos se aseguro que los dos guerreros habían sujetado bien las rodillas de los contrincantes

y levanto la mano, momento en que el público guardo absoluto silencio. Las normas en este tipo de enfrentamientos, obligaba al gentío asistente a guardar silencio durante el tiempo que durara el combate.

El integrante del consejo posó sus manos en ambos, momento en que los dos duelistas, arquearon las espaldas hacia atrás esperando la señal para comenzar la justa. Guabinque dedico una última mirada a su madre, que lo observaba preocupada.

-¡Jaben!-, grito fuertemente el anciano mientras levantaba las dos manos y se apartaba rápidamente del círculo.

Los dos contendientes, se arrastraban mutuamente hacia sí y proferían certeros golpes que iban dejando moratones importantes a la par que mermaban las energías. Se defendían levantando codos y haciendo rápidos quebrados de cadera, mientras intentaban hundir los pulgares en los puntos vitales del contrario, que eran desviados por la piel engrasada y las habilidades de esquiva de los combatientes.

Después de un rato de duros golpes por ambos beligerantes, las fuerzas empezaban a disminuir y aparecían los sudores, mientras los jadeos se hacían más presentes e intensos. En un descuido de Guabinque, Arafara le dio un duro golpe en el mentón que le hizo tambalearse y casi perder el equilibrio.

-Ya eres mío, villano bastardo-, le susurro a un Guabinque que luchaba por no perder la estabilidad.

-Tú y tus majaderías de juramentos por la divinidad-, le dijo casi pegado a la oreja.

-Ese tipo de supersticiones de la divinidad, solo sirven para albergar falsas esperanzas en los de tu casta, sucio achicasna-.

-¿Creías realmente que te iba a salvar de un trance como este la divinidad, imbécil?-.

Inesperadamente, como si una mano invisible lo ayudara a incorporarse, Guabinque recobro el aliento y de un infalible golpe en el cuello, justo debajo de la oreja de su oponente, incrusto lleno de ira el índice, hasta que se oyó un seco crujir de huesos mientras murmuraba.

-La divinidad avala mi juramento, maldito cobarde-, habló masticando las palabras.

Arafara, quedo con el semblante en pálido, mientras sus ojos se entornaban y caía hacia atrás pesadamente. Guabinque quedo agachado y respirando con dificultad, mientras, veía a su oponente revolverse lentamente de dolor en el suelo con la boca entreabierta y babeando.

El miembro del consejo de ancianos, se acerco y con una tabona corto las tiras de cuero que sujetaban las rodillas a los contrincantes, bajo la atenta mirada de la muchedumbre asistente. Luego puso su mano en la cabeza de Guabinque y se dirigió a todos los espectadores, mientras pronunciaba voz en alto.

-¡Meney!, ¡meney!-

El Mencey se puso en pie y volvió a tomar la palabra.

-Guabingue, la divinidad a dado su aval a tu juramento. Hoy fuiste valiente. La comarca está orgullosa de ti, y te pedimos disculpas por tu agravio-

-Ordeno, que seas celebrado con todos los honores como ganador del Sogo de este Beñesmet-, concluyo solemne Atbitocarpe.

En ese momento el gentío irrumpió nuevamente con los aljijides y silbos, mientras dos guerreros se llevaban a Arafara en volandas a cumplir su pena. Guabingue era saludado por todos los asistentes, con muestras de júbilo, mientras se abrazaba a su madre y hermanos.

Se sentía feliz, inmensamente feliz. No solo había ganado la justa a Arafara, con lo cual limpiaba su honor, sino que también era el ganador del Sogo del Beñesmet. Se acarició el collar de su padre y miro hacia las primeras estrellas que aparecían en el firmamento con la caída de la noche.

-Ojala el me este viendo-, pensó para sí.

Guabingue nunca olvidaría este día.

El día en que fue valiente.

CAPITULO 13

Los bucios sonaron por toda la comarca, con sus inconfundibles toques cortos seguidos de uno largo y descendente. Todos los habitantes de los auchónes sabían al oírlo que alguien había emprendido el camino de regreso al “otro lado”. Estos toques característicos de buccio, era la llamada para que los Iboibos, los achicanay que se encargaban de preparar al difunto para su enterramiento, vinieran a recoger el cuerpo guiados por la gran hoguera que se hacía en los alrededores de la morada del fallecido.

El viejo Tigor, exhaló su último halito de vida aquella mañana. Varias personas se agolpaban en las inmediaciones de la cueva del canco para despedirlo. Guabinque permanecía sentado y en silencio. Pensaba, mientras miraba quietamente la gran hoguera encendida a la entrada de la casa del anciano Tigor, en lo mucho que echaría de menos al venerable y en las enigmáticas palabras que le pronunciara en el vaticinio que le hizo noches atrás. La llegada de los Iboibos, le sacó de estos pensamientos. Caminaban en silencio, pues su condición de impuros por tener trato con los muertos, les hacía intocables por los demás ciudadanos con sus ganigos de madera donde llevaban los ingredientes para sus operaciones. Tan intocables, que podían pasar de una comarca a otra sin que nadie se lo impidiera, aunque fuera en tiempos de guerra. Se le distinguían por su blanca tamarca que les llegaba hasta los pies, además de llevar la cara y los brazos pintados también de blanco.

Cuando llegaron hasta las inmediaciones de la entrada de la cueva del canco, los concurrentes en el lugar empezaron a increparlos con gritos y amagos de tirarles piedras, mientras otros lloraban desconsoladamente. Todo obedecía a un ritual encaminado a congratularse con el difunto, a través de las muestras de dolor y llanto desconsolado, pues para los Guaxit el espíritu del muerto permanecería entre los vivos durante diez días después del óbito, motivo por lo que se hacían estas exageradas escenas de dolor. Dos de los Iboibos varones por ser el cadáver del mismo sexo, sacaron al muerto atado con fuertes correas de piel a todo su cuerpo para que no perdiera la posición de cubito supino para ser llevado hasta el lugar donde se le prepararía para mirlar sus restos, mientras un tercero recogía brasas de la hoguera que serían utilizados en los preparativos.

Las preparaciones del difunto durarían nueve días, enterrándosele al decimo. Para ello, los Iboibos empezarían extrayéndole las viseras abdominales, para lavarlo después con agua salada donde previamente se habían cocido frutos de mocan y leche de cardón. Después se le llenaría el abdomen con almagre, cenizas de la corteza de pino, piedra pómez y manteca de ganado para posteriormente ponerlo colgando encima de un hueco tan largo como el difunto y de unos veinte centímetros de profundidad. Este hueco se colmaría con una capa de callados de mar, brasas, troncos secos de tabaiba dulce y culminada por una fina capa de picón. Ahí se le

tendría, noche y día, dándole vueltas para que la acción de las brasas y el humo desecaran por completo el cadáver. Cuando el cuerpo estaba convenientemente enjuto, se embadurnaba el cuerpo con cebo de cabra hervido con resina de pino y se le envolvía en finas pieles de cabra.

El lugar donde se realizaba estas operaciones, siempre estaba fuertemente vigilado por guerreros que custodiaban el entorno de miradas indiscretas. Al noveno día los Iboibos regresaron con el cuerpo del fallecido ya convertido en un chajajo, por las técnicas de los intocables. Al llegar tuvieron el mismo recibimiento que en días pasados.

Siempre en silencio depositaron el cadáver al lado de la hoguera y como habían llegado, se fueron.

Las gentes que se congregaban en el lugar, continuaron con las muestras de condolencia hacia el finado. Varios cancos guiaban los pasos del ritual. Cada uno de los asistentes saltaban por encima del mirlado tres veces, mientras mentalmente dedicaban palabras de elogio al fallecido, con la intención de que no se enojara su espíritu.

Tres guabores, comandados por un sigoñé, llegaron hasta donde se celebraban las exequias y pidieron hablar con el canco que se encargaba de la custodia del chajajo.

-Nos envía el Mencey venerable, para darle escolta al chajajo hasta el lugar de descanso-, dijo el sigoñé dirigiéndose al canco.

El canco lo miro con gesto afable y le respondió.

-Hijito, debemos recorrer un largo camino no exento de peligros. Pero es necesario para el maxio de nuestro hermano, parta tranquilo ¿les puso en conocimiento el Mencey, el lugar donde habrá que depositarlo?-.

-Si venerable, estamos consientes del peligro. La comarca donde se encuentra la cueva del último viaje-, dijo el capitán de los guerreros serenamente.

-Pienso-, siguió hablando el sigoñé.

-Que debemos partir con las primeras sombras de la noche. La comarca de Güimar, donde se encuentra el lugar, no está muy lejos pero es territorio ocupado por los extranjeros. Debemos actuar con cautela y sigilo-, sentencio el jefe de los guerreros mientras era seguido atentamente por el canco, que le contesto.

-Dices bien hijito. Buscaremos quien porte el chajajo para no demorarnos en nuestro cometido-.

La conversación, no paso desapercibida para Guabinque, que de inmediato se giro hacia su chaurero Guasiegre.

-Cho, deme permiso para ir con ellos-, le dijo suplicante.

-Yo conocía al venerable Tigor y me gustaría acompañar a su chajajo-.

Guasiegre lo miro y le dijo pausadamente.

-¿Has entendido muchacho, que pasaran a una comarca ocupada por los gauripas?-.

Guabinque asentía con la cabeza a las palabras del jefe de su auchón.

-Está bien, hablare con el canco para decirle que quieres ir-, dijo mientras Guabinque le mostraba una amplia sonrisa de satisfacción.

El Lugar del último viaje, para la cultura Guaxit estaba revestido de una gran importancia para su mundo mágico-religioso. La gran oquedad que había sido elegida, siguiendo las indicaciones de los maxios, no solo se custodiaban miles de cuerpos de los antepasados. Otras reliquias de la cultura Guaxit eran custodiados en el lugar. El cráneo del mítico Tañe, un gigante que señoreo toda la isla de Guina o las finas pieles de baifo decoradas con cientos de tarjas que indicaban como acceder a otros planos espirituales, eran guardados con celo en aquella cueva. Solo ciertos cancos de todas las comarcas de la isla, iniciados para este menester, conocían el lugar exacto de su ubicación. Es por eso, que desde tiempos inmemorables los que eran designados como custodios de aquel lugar, juramentaban guardar el secreto con su propia vida.

Allí se llevaban a los mirlados que ya no tendrían que regresar a este plano existencial, de ahí su nombre, el lugar del último viaje.

El cortejo llevo sigilosamente a los márgenes del barranco que separaban las comarcas de Abona y Güimar. Delante de la misma iban los cuatro guabores, seguidos por los dos cancos y cerrando la comitiva Guabinque portando el chajajo de Tigor, que era llevado con fuertes correas de cuero, a sus espaldas. Se detuvieron mientras oteaban los alrededores, por si pudiera haber alguien que los delatara. La noche era oscura. Del barranco bajaba una suave bruma perfumada a plantas aromáticas que saturaban el ambiente con su perfume, mientras en el entorno se podía oír el sonido de cientos de insectos nocturnos. Guabinque podía sentir su propio flujo sanguíneo y las palpitaciones de su corazón por el esfuerzo.

El capitán de los guerreros hizo una señal con la mano, indicando que se podía continuar el camino.

En otro tiempo, no muy lejano, el traslado de un chajajo hasta este lugar se hubiera llevado a cabo a pleno día y habrían tenido que pedir permiso a los guerreros de Asantemir los guabores protegidos por la divinidad, que se encargaban de custodiar todos los lugares de culto. Los Asantemir, hacían muchas lunas que habían desaparecido voluntariamente, arrojándose desde montañas escarpadas al vacío.

Debido a los fuertes cambios acaecidos con la venida de los gauripas, el traer a un chajajo hasta esta comarca, se tenía que realizar amparado por la oscuridad de la noche.

Bajaron hasta el fondo del barranco y volvieron a subir por el margen opuesto. Treparon por unas rocas hasta que en un pequeño saliente, el canco en absoluto silencio les hizo señas para indicarles que estaban en la entrada de la gruta.

El canco se dirigió hacia la entrada y con las palmas de la mano enfrentadas a la boca de la cueva, empezó a murmurar una letanía para pedir permiso a los maxios de los antepasados para entrar.

Cuando el canco estimó oportuno entraron a la cueva. Una vez dentro los guerreros sacaron unos maderos de téa impregnados en las puntas con goma de tabaiba e hicieron fuego. Con los achos encendidos procedieron a continuar el camino por la amplia galería de la entrada a la caverna.

Al final del pasillo natural encontraron otra oquedad en el suelo, por donde se introdujeron y bajaron hasta llegar a una inmensa bóveda. Cuando la vista se les acostumbró a la luz vacilante de los achos, Guabinque no olvidaría jamás lo que allí vio.

En las paredes de la gran sala, se encontraban cientos de chajajos dispuestos en nichos excavados. A sí mismo, apoyados de pie en las paredes de la cueva habían cuerpos con trozos de piel de cabra, cubriéndole la cara. Más que difuntos, parecía estar dormidos y que en cualquier momento se echarían andar. Guabinque se descargó del chajajo y se lo entregó a los cancos que les recomendaron a él y a los guerreros, quedarse donde estaban mientras ellos buscaban una ubicación para el chajajo del difunto Tigor. Los cuatro guerreros y Guabinque quedaron en el sitio indicado sobrecogidos por el espectáculo que se presentaba ante su mirada, mientras los cancos se alejaban con el mirlado por uno de las inmensas salas de la caverna.

Inesperadamente, empezaron a escuchar como desde todos los rincones de la anchurosa cueva, llegaban a sus oídos susurros. Por momentos tenues y en otros claramente nítidas voces, que empezaron a inquietar a los visitantes. Prestaron atención y a las voces se les unió la visión de pequeños destellos de una luz casi sutil que deambulaba por la amplia estancia. Los guerreros y Guabinque empezaron a sentir temor ante aquellas manifestaciones.

-No teman, son las voces de los antepasados-, dijo el canco a sus espaldas mientras ellos daban un pequeño salto y el corazón parecía quererles salir por la boca.

-Nos hablan del lugar y lo que aquí se custodia. Y les dan las gracias por traer a Tigor hasta esta morada-, les expuso con una cálida mirada.

Los guerreros y Guabinque miraban a su alrededor contemplando atónitos el espectáculo de voces y figuras espectrales que recorrían la gran bóveda de la cueva.

El canco dirigió una mirada a Guabinque y los guabores, mientras le decía.

-Ahora son responsables de este recinto y de los secretos aquí que se guardan desde tiempos remotos-.

-Por eso deben jurar aquí por Magec y por su vida, no revelar jamás este lugar a nadie-.

-Lo juramos-, contestaron todos al unisonó.

El canco levanto las manos hacia arriba y dijo.

-Que la divinidad y los maxios de los antepasados sean testigo de su juramento-.

CAPITULO 14

Aquella tarde, después de un día de duro trabajo, Guabinque se lavaba nervioso y con miles de preguntas agolpándose en la cabeza insistentemente. Guasiegre había convocado antes del sol de los muertos a todos los varones del auchón. No quería ilusionarse pensando con que sería la junta para comunicarles que entraban en guerra. Pero también, podía ser una reunión para hablar sobre asuntos que afectaban al auchón. No lo sabía y este era el motivo de su desasosiego.

Se encamino con su hermano Guadote y los otros miembros varones del auchón hasta el pequeño tagoror. Allí los esperaba sentado, Autana el hijo del chaurero.

Entraron en silencio y cada uno fue buscando lugar para sentarse. Instantes después, Autana empezó a dar suaves y cortos silbos para llamar la atención del chaurero. Guasiegre salió con el guapilé y su añepa de mando, mientras uno a uno se dirigían al jefe del auchón, para besarle el brazo izquierdo. Todos los presentes a la reunión, pudieron apreciar la cara de preocupación que traía el chaurero. Cuando llegó hasta el lugar que presidía el tagoror del auchón, les hizo una señal para que tomaran asiento. Guasiegre, se tomó unos minutos para hablar, mientras con la mirada miraba uno a uno de los allí convocados. Tenía algo muy importante que decirles, pero no sabía por dónde empezar. Tenía la certeza de que aquella convocación afectaría al devenir futuro de cada uno de los que allí estaban y esto le causaba una honda preocupación. Al fin y al cabo, todos eran como una familia o así él los sentía como jefe patriarcal de su auchón.

-Supongo que muchos de ustedes no tendrá idea del asunto que hoy nos reúne aquí-, dijo mientras miraba fijamente a Guabinque.

-Los chaureros de la comarca fuimos citados por el Mencey Atbitocarpe a una junta general en su tagoror principal-, hizo una leve pausa ante la atenta mirada de sus interlocutores.

-Las comarcas de Adeje y Abona, han cerrado un pacto de alianza en guerra, con el capitán de los chasneros, Ichasagua-.

-Nos convocan a todos los hombres de cada auchón, aptos para el combate, a concentrarnos en el tabor principal y prepararnos contra los gauripas.-

-Los que están en esta junta son los que he decidido que nuestro auchón, aporte como fuerzas de lucha-, dijo mientras a Guabinque se le iluminaba la cara de satisfacción por lo que acababa de oír.

Guasiegre se levanto nervioso de su asiento y dio unos pasos hasta el centro del tagoror, mientras recorría con la mirada disgustada a todos los presentes.

-Muchos de los aquí reunidos no volverán a ver a sus familiares ni amigos, pues se que esta batalla es un acto de desesperación de nuestras comarcas por intentar alejar a los extranjeros de nuestra tierra. Pero también se, que es demasiado tarde para este cometido-, dijo mientras su semblante se había endurecido

-Así que esta noche, despídanse de sus familiares, pues mañana después de la ceremonia de los Magotes nos encaminaremos al tabor, como dispuso el Mencey-, expuso con tono grave.

-¿Si hay alguien de los presentes que quiera hacer alguna observación a lo expuesto, que lo haga ahora?-.

Todos se miraron desconcertados por lo último que había dicho el chaurero. Muchos de los allí presentes sabían perfectamente las reglas de un acontecimiento de tal magnitud y que las órdenes dadas por el jefe del auchón jamás se discutían. No lo entendían y prefirieron callar antes que equivocarse en este sentido.

-Márchense entonces y regresen mañana a este tagoror como hemos convenido-.

Todos se levantaron murmurando entre ellos lo que se les había comunicado. Cuando ya solo faltaba Guabinque por salir, Guasiegre lo llamo y este fue solícito hasta el chaurero.

-Ya tienes tu oportunidad muchachito,- le dijo mientras depositaba su mano en el hombro de Guabinque.

-Gracias Cho, es una oportunidad para mí y mi familia-, contesto Guabinque manifiestamente alegre.

Guasiegre le dedico una mirada paternalista, mientras le decía.

-Se muchacho, que lo harás valientemente, pues en tus venas llevas sangre de un verdadero Guabor. Solo espero, que cuando todo esto termine, tengas familia y amigos con quien celebrar tus actos de valentía en la batalla-, le dijo con voz triste y cansada.

Guabinque hizo algo que nunca antes había hecho. Abrazo al chaurero como si de su propio padre fuera, mientras que Guasiegre desconcertado por la acción del muchacho también lo abrazo fuertemente.

-Vete muchachito, vas hacer llorar a este viejo-, le dijo con la voz quebrada.

Guabinque se dispuso a salir del tagoror, mientras era seguido con la mirada por el chaurero y con el sentimiento de que jamás volverían a verse en este plano de la existencia.

-Que Achaman te guarde y guie tus pasos, muchachito-.

-Solo él, que conoce nuestro destino grabado en las estrellas, podrá hacerlo-, dijo en voz baja, sin dejar de mirar cómo se alejaba Guabinque.

La noche era serena y radiante. La guamulan, presentaba sus cuernos hacia el infinito y miles de estrellas competían con su brillo en la bóveda celeste. Guabinque, su hermano Guadote y Madaya su madre, después de cenar, extendieron pieles de oveja en el exterior de la pequeña choza que servía como cocina.

Guabinque se acomodó apoyado en el codo, mientras miraba a su madre de soslayo, como queriendo adivinar lo que pasaba en esos momentos por la mente de Madaya que permanecía absorta con la vista en el firmamento. Guabinque se incorporó para sentarse, mientras preguntó a su madre.

-¿Guaya, dónde está Ayatimas y Temiaba?-

Su madre pareció dejar de contemplar el cielo y miró a Guabinque con una leve sonrisa.

-Temiaba y Ayatimas, están preparando una sorpresa para nosotros-, dijo con una voz intrigante.

-¿Sorpresa?!-, respondió de repente Guadote, exultante.

-¡Que bueno!, ¿y de qué se trata madre?,- preguntó con tono de complicidad.

-Pues realmente no lo sé hijo mío, pero según me dijo tú hermana Ayatimas es algo que Temiaba deseaba compartir con nosotros-.

Justo en ese momento, escucharon los perros ladrar y las risas de dos figuras humanas, que se acercaban hacia ellos. Cuando pasaron cerca de la luz de los achos, pudieron distinguir que eran dos mujeres, su hermana Ayatimas y otra muchacha que no reconocieron.

-¡Ahul!,- dijo Ayatimas con el rostro radiante de felicidad.

-¡Ahul!,- contestaron sus confundidos hermanos y madre.

Las muchachas se acercaron a donde estaba Madaya y agachándose ambas a su altura, Ayatimas le dijo.

-Guaya, tu hijo Temiaba se ha marchado y en su lugar te pide que aceptes a tu hija Ateneri-, le expuso con una feliz sonrisa.

Madaya se le escaparon dos lagrimas, mientras acariciaba la cara de Ateneri que se abrazó a su madre conmovida.

-Seas bienvenida hija mía, a esta tu familia-, le dijo enternecida.

Guadote y Guabinque contemplaban la escena emocionados, mientras se levantaban a dar un cálido abrazo a su hermana Ateneri.

En la tradiciones de los Guaxit, los varones eran educados con su madre hasta los siete años, pues se creía que hasta esa edad, el espíritu del niño no estaba todavía totalmente establecido en su cuerpo, sino que por el contrario salía cada noche de su envoltura física y viajaba hasta donde permanecían los maxios a la espera de su regreso a este plano de la existencia. Se pensaba que si antes de cumplir los siete años la criatura era duramente tratada, su espíritu decidiría quedarse en la morada de los maxios en una de estas salidas nocturnas, con el consiguiente fallecimiento de su soporte físico. Para evitar esto, permanecían junto a los dulces y cariñosos cuidados de su madre hasta esa edad, momento en que la educación pasaba a manos de su padre que les enseñaba su oficio hasta los catorce años, tiempo en el que se consideraba que había alcanzado su madurez para poder entrar a formar parte de la sociedad como hombres de pleno derecho. Pero había ocasiones que al llegar a esta edad, el niño se comportaba como una niña y entonces se le consideraba un temia, siguiendo su educación bajo la responsabilidad de su madre.

Los temias se creía eran espíritus de mujeres, que al volver a este plano de la existencia no habían conseguido un cuerpo femenino para retornar. En estos casos, cuando el joven alcanzaba los catorce años, la sociedad les permitían vestirse como una muchacha, cambiar su nombre por uno femenino, desarrollar sus labores como mujeres y ser tratados como tales, llegando incluso a poder contraer pareja. En definitiva eran aceptados y respetados por toda la comunidad.

Después de celebrar con muestras de cariño la llegada de Ateneri, todos volvieron a sentarse en las pieles, quedando durante un largo rato en silencio. Momentos después, Guabinque se levanto y se dirigió a su madre, que acariciaba la cabeza de sus dos hijas contemplando con la mirada perdida, el cielo.

-Madre, hoy el chaurero nos convoco en el tagoror para comunicarnos algo-, le decía mientras su madre y sus hermanas le prestaba mucha atención.

-Mañana, a Guadote y a mí nos reunirán en el tabor, para prepararnos en batalla contra los gauripas-.

-Guaya, es la oportunidad de optar a la nobleza y que puedas al fin descansar de tantas fatigas-.

Su madre mudo el semblante, al escuchar lo que su hijo le decía. Predecía que este momento llegaría algún día, pues Guabinque siempre tuvo presente alcanzar la

nobleza para ella y sus hermanos, pero lo que no imagino es que fuera tan pronto. Según había escuchado, el enfrentamiento con los extranjeros podía significar el no volver a ver a sus hijos con vida y esa idea le aterraba. Tenía muy presente la muerte de su amado esposo en batalla, del sufrimiento por su pérdida y como había sacrificado su propia juventud para sacar sus retoños adelante. Pero de una mujer Guaxit, se esperaba el aliento de sus hombres al combate y a la defensa de su comarca.

Madaya se puso de pie y se agarró del brazo de Guabinque, mientras lo invitaba a dar un paseo con ella. Salieron caminando por la pequeña vereda que recorría los tesegues que servían como habitaciones, hasta que alcanzaron un montículo cercano donde se detuvieron.

-¿Sabes hijo mío?,- comenzó hablar Madaya apoyando su cabeza en el hombro de Guabinque y sin soltarle el brazo.

-Aquí solía traerme tu padre, cuando yo estaba preñada de ti y soñábamos con un futuro donde tu padre después de haber alcanzado la nobleza, criaríamos felices a los hijos en nuestro propio auchón-, le comento mientras Guabinque sonreía.

Se apartó de él y lo miro fijamente a los ojos.

-Ya no quiero soñar con un futuro noble, si pierdo en las batallas a los seres que amo-, dijo con voz quebrada.

-Prefiero seguir siendo una achicasna, pero junto al cariño de los míos-, expreso entre sollozos mientras Guabinque la abrazaba y sentía un nudo que le atenazaba la garganta.

-Pero sé que es lo que más deseas hijito mío-.

-Solo prométeme que regresaran tú y tu hermano con vida-, le dijo a Guabinque que asentía con la cabeza afirmativamente.

Madaya se seco las lágrimas con las manos, para después sujetarle la cara a su hijo y darle un sonoro beso.

-Que Magec me los cuide y ampare. Sean valientes hijos míos y aumenten sus honores-, término diciendo mientras Guabinque le sonreía feliz, sin llegar a imaginar que aquella noche, sería la última que vería a su madre en este mundo.

CAPITULO 15

Después de la ceremonia de los Magotes, desde todos los rincones de la comarca se podían escuchar los toques graves y prolongados de los bucios llamando a todos los hombres en edad de combatir, a reunirse en el tabor principal. Guasiegre vestido con una tamarca corta y el dorso descubierto, portaba la añepa en alto seguido de los hombres útiles para la guerra de su auchon.

Caminaron un largo rato hasta que divisaron la gran explanada que se había habilitado en el cercano valle del Chacacorche en la comarca de Abona, para poder acoger a los guerreros de Adeje, Abona y Chasna. A medida que iban llegando al lugar, cada jefe de auchon daba cuenta a los sigoñés designados por el Mencey de cada comarca, de los efectivos que aportaba y sus experiencias en combate. Guasiegre después de realizar dicho cometido con el capitán de su comarca, separaron por grupos, a cada uno de los nueve hombres que componían la tropa, según su experiencia en batalla.

Guabinque y su hermano Guadote, junto a otro muchacho del auchon fueron puestos en el grupo los que nunca habían entrado en batalla y se les pinto en el frente de uno y otro hombro, dos gruesas líneas horizontales de color blanco. A cuatro hombres del grupo, se les pintaron idénticas líneas pero de color rojo y a los tres restantes, de color rojo y negro.

Los Guaxit tenían un código ético en lo referente a sus enfrentamientos. El color que se le aplicaba a cada guerrero, obedecía a unas normas que todo combatiente debía mantener en la batalla, pues no seguirlas significaba severos castigos y la vergüenza para su familia y el desprecio como cobarde, de los habitantes de su comarca. No hacer prisioneros, no rematar a un oponente mal herido o no hacer daño a las mujeres y niños que participaban en ambos bandos, para sacar del campo de batalla a los heridos y avituallarlos en lo que fuera necesario, son solo algunos de los ejemplos que los Guaxit respetaban a la hora de guerrear. Las líneas de color blanco significaban que su portador, entraba por vez primera en combate. Las de tonalidad roja, que tenía experiencia en batalla pero no había dado muerte a nadie. Las dos líneas roja y negra, evidenciaban que su portador era un guerrero experimentado y había dado muerte en combate.

Era por tanto, una manera de que los beligerantes supieran a simple vista con quien debían medir su valor en el campo de batalla.

Más tarde, Guabinque, su hermano y el muchacho, fueron integrados junto a los combatientes de las otras comarcas, que como ellos, portaban el distintivo de color blanco, para su adiestramiento antes de la contienda.

Durante interminables y agotadoras jornadas, los guerreros de todos los distintivos se entrenaban duramente. Desde el amanecer hasta la hora del sol de los muertos, practicaban las distintas modalidades de combate. Los guerreros integrados en el contingente de Guabinque, aprendían las tácticas de despliegue durante una batalla.

Cada uno fue asignado a un arma determinada según sus actitudes, armas que ellos mismos tuvieron que fabricar, pues al trabajarlas con sus propias manos, su energía e intencionalidad quedarían impregnadas en las mismas. Guabinque, se decanto por un arma temible en la guerra, la sunta.

Este arma fabricada con leña de acebuche, era la más estimada en los combates por sus efectos devastadores. Tenía la altura de un hombre, siendo gruesa desde su parte anterior para terminar en su parte posterior más delgada. Para las preparaciones de las armas había diferentes técnicas según el uso que de ella se fuese hacer. La sunta después de cortada en su longitud adecuada y desprovista de su corteza se le tallaba un pequeño bordón en su parte trasera con la finalidad de que cuando se clavara en el cuerpo del adversario, se pudiera golpear para insertar mas el arma en el enemigo.

En la parte delantera se le solía hacer unas muescas en punta de flecha para que una vez hincada, el combatiente la partiera y la dejara incrustada en las carnes. Una vez que estaba tallada se la sometía a la acción del fuego y cebo de cabra para endurecerla. Posteriormente las puntas de la sunta se empapaban en una pasta negruzca obtenida de la leche de cardon hervida al fuego, con la finalidad de que una vez quedara detro del cuerpo del enemigo, le produjera terribles dolores e infecciones mortales sino se trataba con la planta adecuada.

Al caer la noche del último día que se dispuso para dar por finalizados los entrenamientos, se hizo una gran hoguera en el centro del gran tabor. Hasta allí se desplazo a todos los guerreros para dar comienzo a los rituales que se celebraban antes de las batallas. Guabinque y su hermano Guadote tomaron asiento en el suelo de la amplia explanada, mientras de fondo se escuchaba el grave y prolongado sonido del bucio dando la bienvenida a los guabores. Instantes después Ichasagua entraba en el tabor seguido por dos cancos ataviados con sus distintivos y varios sirvientes que portaban grandes ganigos en sus brazos. Mientras se dirigían al centro del recinto, se escuchaban los murmullos de todos los asistentes, ante la aparición del famoso Ichasagua, valeroso capitán de los alzados.

Al llegar la comitiva al centro del tabor, Ichasagua de pie y girando sobre sí mismo, hacia ademan con las manos para que todos tomaran silencio. Cuando el rumor de los asistentes desapareció, Ichasagua tomo unos minutos mientras miraba al fuego y se decidió hablar.

-Hermanos-, dijo alzando la voz.

-Esta noche nos reunimos por última vez en este lugar, para celebrar nuestra entrada mañana en combate-.

-Muchos de nosotros no regresaremos con vida, pues el enemigo viene resuelto a tomar por la fuerza estas tierras y acabar con nuestra resistencia-.

Miro detenidamente a las caras de los guerreros que seguían atentamente sus palabras y prosiguió hablando.

-Nos enfrentamos a un enemigo que no tiene ningún código en los combates, ni respeto por el vencido que ha luchado con valor y determinación-.

-No esperen de ellos ninguna benevolencia en el campo de batalla-.

-Los he visto combatir y no les tiembla la mano a la hora de dar muerte a sangre fría a quien cae mal herido-.

-Por eso les digo, que cambien su forma de pensar cuando se encaren a ellos, no conocen ni respetan nuestros principios, así que nosotros no debemos tampoco tener con ellos nuestra forma de actuar en combate-.

-Recuérdenlo, no son Guaxit son gauripas-.

-A ellos los mueve sentimientos de codicia por tomar lo que no les pertenece-.

-A nosotros nos asiste la poderosa razón del amor a nuestras comarcas y de que nuestros hijos crezcan siendo Guaxit, legítimos dueños de estas tierras que un día Magec nos regalo-.

Ichasagua se interrumpió por unos instantes, mientras bajaba su mirada hasta el banot que empuñaba en su mano. Lo levanto, mientras gritaba.

-¡Por Achaman!-.

-¡Guaxit de la isla de Guina, aumentemos nuestro valor por la patria que nos vio nacer!-, exclamo mientras era coreado por todos los guabores con aljijides.

Los combatientes más experimentados se colocaron en un lateral del tabor, mientras daban a los compas de gritos, fuertes golpes con su pierna izquierda en el suelo y movían frenéticamente hacia adelante y hacia atrás sus cabezas, seguido por los demás guerreros. Uno a uno fueron desfilando delante de los cancos, que les proporcionaban una porción de el ungüento que utilizaban los guabores para sus ceremonias a base de ciertas semillas y corteza de un arbusto, mezcladas con manteca de ganado, que eran untadas en las axilas y debajo de sus genitales, permitiéndoles de esta manera entrar en contacto con los espíritus de los antepasados, antes de las batallas. Puestos todos en el lateral de la explanada, siguieron dando golpes con la pierna en el suelo, mientras se agolpaban unos contra otros, iniciaron la danza en la que sin dejar de dar los compas con los gritos, se iban adelantando hacia donde se encontraba la gran hoguera, para posteriormente

volverse a alejar. Guabinque noto que el ritmo frenético de los gritos y golpes contra el suelo se hacía menos audible y empezó a percibir como toda la tierra temblaba bajo sus pies con cada golpe que ellos imprimían al suelo. Súbitamente desde el otro lado de la gran hoguera, puedo vislumbrar unas sombras que seguían el mismo ritmo que ellos en la danza.

Las imágenes, aunque de apariencia translúcida se fueron haciendo más nítidas, mientras dejo de percibir los gritos de sus compañeros y escucho, los cantos que provenían de esas apariciones. Cuando fijo mejor la vista pudo apreciar que otros guerreros seguían la misma daza que ellos. Eran los maxios de los antepasados que venían a infundirles valor.

Guabinque quedo estupefacto, al ver que uno de esos guerreros era su propio padre que desde el otro lado de la gran lumbre le miraba fijamente con una amplia sonrisa y le alzaba la mano en señal de saludo, mientras él, notaba como poco a poco perdía la conciencia, junto a la sensación de parecerle que todo su ser se fundía con la luz amarillenta que emitía las llamas de la hoguera.

CAPITULO 16

Todavía no había amanecido cuando los castellanos fondearon la nave en la pequeña ensenada que quedaba a las espaldas de la montaña de Guaza. Siempre en silencio, los capitanes de Alonso de Lugo daban las órdenes pertinentes a los soldados para el desembarco. En amplias chalupas, el contingente de hombres, caballos y pertrechos fueron depositados en la playa.

Cuando todos estuvieron en tierra, el alférez Juan Milián mando que a todos los caballos se les forrara los cascos con trapos para evitar hacer ruido con los pasos. Se pusieron en marcha por un estrecho sendero que discurría por la ladera hacia la cima con la finalidad de tomar posiciones en la amplia llanura que se presentaba a los pies de la montaña. Llegaron sin ningún contratiempo a la cima, donde una brisa gélida que soplaba en aquel paraje los recibió, cuando se posicionaron en las inmediaciones de la meseta. Los soldados de infantería se desplegaron rápidamente hacia los flancos izquierdo y derecho, mientras los espingarderos de Jorge Grimón tomaban la vanguardia y la caballería quedaba en la retaguardia. Los primeros rayos de sol se divisaban en el horizonte, pudiendo ver la planicie que se les presentaba ante sí.

En la lejanía, justo en los pequeños montículos que descendían desde la montaña pudieron divisar los guabores de Ichasagua dispuestos en tres destacamentos, que los observaban en silencio. El alférez, los dos capitanes y Jorge Grimón, descabalgaron de sus monturas y se acercaron formando un pequeño corrillo, mientras dirigían su vista hacia las elevaciones donde se encontraban sus enemigos.

-¿Que os parece caballeros?-, dijo Juan de Milán señalado con un gesto de la cara en dirección a los montículos.

-Es una posición extraña la que han tomado, sabiendo que están al alcance de nuestros caballos-, expreso Diego de Mesa.

El alférez hizo un ademán con las palmas de las manos hacia arriba y sonreía maliciosamente.

-De todas maneras caballeros ¿quien entiende las formas de actuar de estos animales?-, dijo con tono burlesco.

-Bueno-, comento con aire despectivo.

-Terminemos con estos andrajosos, cuanto antes lo hagamos antes estaremos divirtiéndonos con alguna de esas salvajes jovencitas que tanto os gusta don Diego-, se expreso con aire burlón, mientras todos reían a carcajadas.

El alférez dio órdenes para que un lengua de las tropas auxiliares, acompañados de estandarte de Castilla, fuera a disuadir al enemigo que su lucha era en balde.

Ichasagua seguía atentamente todos los movimientos de los gauripas en la lejanía. Habían tomado posiciones en los Magotes, con la divinidad protegiendo sus espaldas. Guabinque permanecía agachado junto a su hermano, aferrando fuertemente la sunta, mirando con asombro los caballos de los gauripas. Había soñado desde niño este día, pero ahora que había llegado, notaba un sudor frío y un vacío en la boca del estomago, junto al palpitar desbordante de su corazón.

Tenía miedo.

En su interior, sabía perfectamente que era miedo, pero se negaba a reconocerlo pues eso no era lo que se esperaba de un guabor, pero sin embargo, tenía miedo. Un miedo que por momentos, se estaba convirtiendo en pánico.

Guasiegre se le acercó y posó la mano en su hombro.

-¿Qué te pasa muchachito?-, le dijo mientras notó que Guabinque estaba blanco como la leche de cabra recién ordeñada.

Guabinque miró hacia los lados, buscando no ser oído por su hermano y compañeros e inquirió al chaurero.

-Cho, ¿Qué me pasa?-, dijo con tono de súplica.

-Siempre quise entrar en combate, y ahora tengo una sensación como de...-.

-Miedo-, le cortó Guasiegre mirándolo fijamente a los ojos.

Guabinque, asintió con la cabeza en silencio mientras bajaba la mirada al suelo.

-Es normal muchachito, no te debes avergonzar por ello-, le dijo comprensivo, mientras Guabinque alzaba nuevamente la vista por lo que acababa de oír.

-Todo hombre que haya entrado en combate sabe lo que es-.

-Son las dudas a no saber qué hacer, en el fragor de la batalla y por supuesto, el miedo a la muerte-.

-Así que sosiégate, pues cuando estés en ella, tu instinto natural te guiará en lo que tienes hacer-.

Guasiegre se le acercó al oído y susurrándole, le comentó.

-Deberías estar contento, yo la primera vez que entre en combate eran tanto los retortijones de la barriga, que me cague la tamarca y deje un intenso aroma durante toda la batalla-, le confesó, mientras los dos estallaban en sonoras carcajadas.

El lengua, un antiguo Guaxit de la comarca de Güimar y bautizado después como Guillen Castellano, avanzaba sorteando las pequeñas tabaibas seguido de un soldado que portaba el estandarte de Castilla. Cuando llegaban al promontorio, Ichasagua salió a su encuentro.

-¡Caramba!, que sorpresa, pero si es el mismísimo Urma ¿o ya te cambiaron el nombre tus amos extranjeros?-, dijo Ichasagua en tono de burla al recién llegado.

-Mi nombre no es Urma, mi nombre es Guillen Castellano sucio bastardo-, contesto el lengua mientras miraba arrogante al chasnero.

En un rápido movimiento con su mano, Ichasagua saco una afilada tabona entre sus dedos y se la coloco en la garganta al lengua mientras lo sujetaba fuertemente por la solapa de su camisa, ante la mirada aterrada del soldado que portaba el estandarte.

-Guillen Castellano o Urma, siempre fuiste un cobarde y ahora no solo cobarde, también eres traidor a los de tu sangre-, le dijo el chasnero remarcando sus palabras, mientras de un empujón se deshacía del amedrentado interprete.

-Dime, ¿que quieres?-, le dijo secamente.

El lengua se compuso la ropa y tomo aire. Busco en su pequeño bolso que llevaba colgando en bandolera y saco un papel enrollado, atado con un lazo de color rojo y sellado con lacre. Se lo acerco a Ichasagua y le dijo.

-Aquí tienes las disposiciones de mi señor, el alférez Juan Milían. En él se encuentran los tratos que deberán tener con ustedes, si esta batalla no llegase a celebrarse-.

El chasnero miraba fijamente a Guillen Castellano, pareciendo que de un momento a otro de un solo tajo de su tabona, le seccionaría el cuello. Ichasagua, reusó tomar el documento.

-No conozco la lengua de los gauripas, léeme tú esas disposiciones-, le dijo mirándolo con fiereza y una sonrisa irónica.

El intérprete, receloso rompió el sello lacado y desenrollo el documento sin dejar de mirar al chaurero.

-En el lugar de los Magotes en la comarca de Abona, a 29 de septiembre del año de nuestro señor Jesucristo de 1496, yo el alférez Juan Milían, por mandato del hidalgo don Alonso de Lugo, mi señor-.

-Si, si, ya se esos ritos hipócritas de tus amos en sus tarjas-, le interrumpió el chasnero impaciente, haciendo aspavientos con la mano.

-Te he dicho que me leas las disposiciones, no tengo todo el día para escuchar boberías-, le espeto.

El lengua, cada vez mas incomodo y contrariado, se dispuso a leer la parte del documento donde se encontraban esos mandatos.

-Primero-, comenzó Guillen Castellano en voz alta para que fuera escuchado por todos.

-Rendición incondicional de las fuerzas de los sublevados, teniendo en consideración esta actitud, se respetara la vida de todos.

-Segundo, juramento de sumisión a nuestras altezas los reyes Católicos-

-Tercero y último, ser bautizados e instruidos en la fe de nuestro señor Jesucristo-

El lengua termino mientras Ichasagua, tenía una chispa de ira contenida en su mirada. Tomo despacio el documento, mientras observaba con soberbia a su interlocutor. Lo tiro al suelo ante la visión turbada del intérprete y el palidecido soldado que mantenía el estandarte. Saco su pene y empezó a orinar encima de las disposiciones. Cuando termino, lo agarro del suelo volvió a enrollarlo y le puso la cinta roja.

-Toma-, le dijo mientras le arrojaba el documento mojado a sus pies.

-Ve y dale cuenta a tus amos que no me gustan sus disposiciones.

-También dile que no vine hasta aquí hoy para rendirme a nadie y que nunca más me someteré a ningún hombre, que como yo, naciera libre.

-Antes prefiero morir en combate y que de mis entrañas los cuervos den cuenta, en esta bella mañana-

-Ahora vete y que cada cual mire por su vida-, sentenció Ichasagua mientras le daba la espalda a Guillen Castellano y volvía sobre sus pasos hacia donde se encontraban sus guerreros.

El intérprete, junto al soldado que portaba el estandarte, recogió el documento y emprendieron ligeros el regreso hasta sus posiciones. Al llegar, los mandos del ejército castellano se apresuraron a interrogarlos.

-Señor-, dijo entrecortado por la falta de aliento.

-No quieren llegarse a pacto ninguno-, le comento mientras le mostraba el documento mojado y con la tinta escurriendo.

-¡Lo ha mojado con sus orines!-, dijo con un tono de voz alterada.

Juan Milían, monto en cólera mientras ordenaba a los que portaban los tambores tocar rebato. Sus compañeros de armas montaron sus caballos y se dispusieron en retaguardia de sus hombres para dar las respectivas órdenes de entrada en combate. En el ambiente se podía respirar el nerviosismo, por lo que allí habría de ocurrir. Un

intenso hedor a sudor de caballos y polvareda, mezclado con el olor acre de la pólvora utilizada para las armas, inundo el ambiente.

La muerte estaba cerca y asechaba.

El alférez montado en su caballo, que se movía inquietamente de un lado a otro, se puso delante de sus tropas y los arengo.

-¡Ea señores!, somos caballeros españoles y debemos demostrar a esos salvajes con quien entran en justa-

-No tengáis piedad, pues no conocen nuestra fe en Cristo, haced la idea que estáis delante de alimañas salvajes a los que hay que exterminar-, gritaba con la cajas tocando de fondo, orden en batalla.

-Hoy, día de San Miguel Arcángel, la victoria será nuestra para mayor gloria de nuestras católicas majestades-

-¡Por eso, quiero que os unáis en mi grito y que os oigan esos bastardos!-

-¡San Miguel y España!-, exclamo gritando, mientras era coreado con el mismo grito de guerra por sus soldados, que levantaban sus armas con los ojos desorbitados.

Desde la lejanía, Guabinque oyó los gritos de los gauripas en su inteligible lengua. Ichasagua se adelanto y dedico palabras de aliento a sus hombres antes de la batalla.

-Hermanos e hijos de la tierra de Guina-

-Hagamos que este día sea recordado, por los hijos de nuestros hijos para que se guarde memoria de que hoy, en este lugar importante y sagrado para nuestro pueblo fuimos valientes en la defensa de nuestras comarcas-

-Que Achaman sea nuestro testigo y amparo-

Repentinamente, desde las pequeñas colinas justo detrás de ellos, de entre el centenar de mujeres y niños que se encontraban allí, Guabinque y Guadote pudieron escuchar nítidamente la voz desgarradora de su madre que gritaba.

-¡Aumenten los honores valerosos hombres de Guina!-

Guabinque noto que el alma se le encogía por la emoción, pues sabía que su madre luchaba contra sus verdaderos sentimientos, para alentarlos en aquel trance.

A continuación, todas las mujeres irrumpieron gritando los aljijides para azuzar a sus hombres al combate. Ichasagua y todos los guerreros las miraban con expresiones de alegría. En un momento dado, todos giraron sus cuerpos y miraron en dirección a los gauripas. El chasnero levanto su banot, mientras dio el grito de guerra Guaxit.

-¡Datana!-, grito a viva voz, mientras daba orden de avanzar al grupo de combatientes del centro.

Todos se lanzaron en tropel, con sus armas en alto mientras vociferaban.

-¡Datana!-.

Jorge Grimón, hizo avanzar a sus nueve espingarderos alemanes, hasta una distancia prudencial de sus posiciones originales. Los mercenarios clavaron el apéndice situado debajo de las armas en tierra, mientras rodilla en el suelo, pegaron sus caras a la espingarda y apuntaron al enemigo, esperando la orden de su jefe.

El centro de los guabores Guaxit, se acercaban hacia ellos rápidamente, mientras el flanco izquierdo y derecho permanecían rezagados con el ánimo de envolver a las tropas castellanas cuando el centro de sus guerreros entablara el cuerpo a cuerpo con los españoles. Guabinque avanzaba decidido empuñando fuertemente con una mano la sunta en alto, mientras sentía la boca reseca, un agudo dolor en el estomago producido por los nervios y el corazón latiéndole furiosamente en su pecho. Ya podía distinguir aquellos hombres, con sus ropas extrañas que rodilla en tierra, permanecían con sus caras pegadas a sus extraños bastones.

Entonces escucho aquella palabra.

La palabra jamás se le borraría de su mente, a pesar de que en aquellos instantes no podía entender.

-¡Fuego!-, exclamo Jorge Grimón gritando como un poseso.

Para Guabinque el tiempo le pareció ralentizarse. De aquellos extraños bastones salió un ensordecedor retumbo, como el que producían los truenos en las cumbres los fríos y lluviosos días de invierno, mientras despedían por la boca una lengua de fuego y humo denso. Sus compañeros que estaban más adelantados que él, cayeron en el acto al suelo, llenos de sangre que brotaba abundantemente de sus pechos, brazos y cara. Giro la vista y vio horrorizado como su hermano caía a tierra con la mitad de su cara destrozada. Guabinque sintió un intenso pitido en sus oídos que amortiguaban el ruido de gritos y quejumbres de la batalla, como si los oyera en la lejanía. Se acerco a su hermano, y lo tomo entre sus brazos.

El impacto le había arrancado la piel y músculos de media cara a Guadote, dejando al descubierto un amasijo de tendones y hueso. Sangraba profusamente, mientras los estertores de la muerte hacían su aparición. Guadote clavo sus ojos azules en los de su hermano temblando y respirando con dificultad. Se aferro fuertemente a su brazo, y dando un último jadeo, quedo inmóvil.

El flanco izquierdo y derecho de los guerreros Guaxit se replegaron en desbandada, desconcertados por aquellas armas de los gauripas y volviendo a reagruparse cargaron nuevamente contra el enemigo. Los espingarderos se retiraron a retaguardia para cargar nuevamente sus armas, dado paso a la carga de la caballería que salió

impetuosa al encuentro de los sublevados, mientras las alas izquierda y derecha de los soldados españoles, envolvían a los guerreros Guaxit. Ambos bandos se acometían con fiereza, en el cuerpo a cuerpo, llenando el entorno de gritos, lamentos y jadeos por los esfuerzos.

Guabinque con los ojos llenos de lágrimas agarro su sunta, y con una ira indescriptible se lanzo furioso al encontronazo de la caballería que avanzaba inexorable. Uno de los jinetes alzo su pica para ensártasela en el pecho, mientras este de un ágil y rápido salto clavaba la sunta con violencia en el cuello del español. Guabinque sintió como el arma al penetrar destrozaba músculos, tendones y caía del caballo. Cuando estaba en el suelo, de un rápido quiebro dejo el trozo de sunta en el cuello del jinete, que se revolvía de dolor en el suelo. Y volvió a embestir a un nuevo enemigo.

Su mente no pensaba.

Estaba cegado por la cólera.

La batalla estuvo reñida desde el principio, pues unos y otros luchaban con furor, pero las armas de fuego darían aquel día, irremediabilmente, la victoria a las tropas castellanas. La caballería rebaso las posiciones enemigas para volver a situarse en retaguardia y los espingarderos volvieron nuevamente a descargar otra andanada contra los sublevados. La muerte se cebo aquella jornada con los valiente guerreros Guaxit. Avanzada la hostilidades, cientos de cuerpos ensangrentados de guabores se hallaban desperdigados por el campo de batalla.

Guabinque seguía batiéndose con odio, en la contienda. Cuando luchaba encarnizadamente con un español, de reojo vio avanzar hacia él un jinete que blandía un extraño artefacto con una bola salpicada de afilados picos. Se giro para acometerlo y sintió un violento golpe en el lado izquierdo de la cara a la altura de su frente. Se tambaleo sin poder coordinar sus miembros y cayó de espaldas, quedando boca arriba sin saber donde estaba, mientras sintió como se teñía de rojo intenso el azul del cielo y una voz que le sonaba lejana, le increpaba a huir, hasta que todo se volvió oscuridad y silencio.

La caballería se aplicaba con saña en perseguir y aniquilar a los Guaxit que se batían en retirada. No respetaron a las mujeres y niños, que recogían los cuerpos de sus guerreros, también ellos fueron víctimas del exterminio de la caballería española. Al filo del medio día, los castellanos levantaban y hacían ondear en el campo de batalla, los estandartes de castilla con vivas muestras de júbilo por la victoria.

CAPITULO 17

Guabinque se levanto mareado y noto algo raro en el ambiente. No estaba en los Magotes y la luz que alumbraba todo era de un suave color naranja. Dio unos breves pasos mirando a su alrededor, mientras se toco la frente y descubrió con asombro que no tenía ninguna herida. A pocos metros de donde se encontraba, pudo vislumbrar a un anciano, que sentado debajo de una gran tabaiba le hacía señas para que se acercara.

Todo era muy extraño. No había brisa, ni ruido de pájaros y una rara e incomoda sensación de quietud lo embargaba todo. Mientras se acercaba hacia el anciano, su asombro fue en aumento.

Era una locura, pero allí, sentado y sonriéndole estaba, ¡el venerable Tigor!

Noto que las piernas se le aflojaban y pensó que se estaba volviendo loco.

-No, no te estás volviendo loco hijito-, le dijo el venerable adivinando sus pensamientos.

-Pero Tigor, ¡yo mismo lleve tu chajajo al lugar del último viaje!-, le expreso angustiado Guabinque, mientras el venerable reía a carcajadas.

-Y en esas estoy muchachito, esperando para partir a Magec, pero antes debo resolver unos asuntos antes de mi marcha-, le decía el viejo canco entre risas.

Guabinque tomo asiento a su lado, sin dejar de salir de su asombro. Alargo su mano para tocar al venerable, pero su mano traspaso al anciano que seguía a su lado con una apariencia solida.

-No puedes tocarme hijito-.

-Estamos en el luyet, el mundo de transición, donde van todos los espíritus en espera de nacer al mundo de los Guaxit o de partir definitivamente hacia la deidad-, le comento el canco.

-Tú todavía no has abandonado del todo ese mundo, pero te encuentras en un estado lamentable en el otro lado, por eso estas aquí-.

-Si permanecieras más tiempo aquí, quizás ya no podrías abandonar el luyet-.

-Por eso vengo, para hacerte sabedor de la situación en la que estas y regreses muchachito, pues todavía no ha llegado tu destino final-.

Guabinque quiso hacerle cientos de preguntas que se le agolpaban en su cabeza, pero súbitamente, todo a su alrededor empezó a oscurecerse y la imagen de Tigor

perdía nitidez a la vez que se iba transfigurando en llamaradas como la de una fogata, mientras oía al viejo canco que le decía con voz grave y lejana.

-No te preocupes Guabinque, volveremos a vernos pronto-.

-Parece que se mueve-, dijo uno de los guerreros a Ichasagua mientras este encendía una lumbre para calentarse.

-Si es cierto, ha girado la vista hacia las llamas-, indicó otro de los guabores de Ichasagua.

Guabinque, cubierto con gruesas pieles de oveja tiritaba y sudaba excesivamente mientras los guerreros le cambiaban el emplasto de plantas medicinales de su frente. Tenía un aparatoso traumatismo craneal, que hacía temer a todos los presentes por su vida.

-Señor si no llegamos pronto a nuestras moradas, no sobrevivirá, la fiebre está acabando con él y su herida parece estar infectada-, expuso uno de los guabores que portaban y cuidaban a Guabinque.

Ichasagua se agacho al lado de donde yacía el herido y le dijo al guerrero.

-Lo sé Amastay, pero no podemos arriesgarnos-.

-Esta noche montaremos aquí el yaco, pues los gauripas están batiendo los alrededores y muchos de nosotros tenemos heridas que complican nuestro avance en la oscuridad de la noche-.

-Mañana antes de la salida de Magec, emprenderemos camino a la cumbre mas descansados-.

Miro a Guabinque con simpatía y comento.

-Sobrevivirá, es un combatiente esforzado-.

El día amaneció gris. La desembocadura del barranco donde los castellanos habían llevado a mujeres, niños y ancianos capturados después de la batalla, presentaba un espectáculo dantesco. Hacinados en aquel lugar, no muy distante de donde se habían celebrado los combates el día anterior, podían escucharse por doquier los lamentos y lloros, bajo la indiferente mirada de sus captores.

Unos de los episodios más crueles y vergonzosos de la conquista militar castellana para reducir la isla de Tenerife se dio en aquellos días. Los españoles después de la batalla de los Magotes, decidieron concentrar a todos los capturados en la batalla, en la desembocadura de un barranco, cercano a la montaña de Guaza. No quisieron trasladar a la población cautiva, debido al desconocimiento de los mandos sobre el terreno donde se encontraban y hacer así las posibilidades de fuga de los capturados fuera nulas, permitiendo a las tropas castellanas una mejor vigilancia sobre ellos. Sus intenciones eran la de esperar la llegada en barco, del Obispo que en aquellos

tiempos había en las islas, don Diego de Muros y su canónigo Alonso de Samarines para el bautismo masivo de los sometidos. Durante los días de espera los soldados castellanos se ensañaron con los capturados.

Asesinatos a sangre fría, maltratos físicos de niños y ancianos, violaciones sistemáticas de las mujeres Guaxit, fue la tónica general en aquellos días de espera, para una población que debía ser bautizada e instruida en la fe de sus verdugos.

Un campo de concentración, donde los castellanos quisieron imponer mediante el terror, la supremacía de su cultura y aniquilar psicológicamente cualquier intento de resistencia de la población.

Aquel lugar, donde tantas vidas se perdieron y seres humanos sufrieron lo indecible, que en época de los Guaxit se llamaba los Ceres, quedo grabado en la memoria del pueblo con el nombre de "corral de los de Adeje", lugar evitado muchas veces por los cabreros de la zona, por los horrores que allí se cometieron y más tarde como un guiño irónico de los vencedores, playa de Los Cristianos. Pero la historia siempre la escriben los victoriosos, en este caso, incluso silenciándola.

-Aquí estos salvajes estarán bien vigilados hasta la llegada de don Diego de Muros hasta su bautismo-, les comentaba el alférez a los capitanes y a Jorge Grimón, mientras paseaban por entre los cautivos.

-Aprovechad caballeros y retozad con alguna de estas bellas salvajes, pues todavía no son bautizadas en nuestra fe-, indicó a sus acompañantes, mientras les hacia un guiño con el ojo de complicidad y todos acompañaron el gesto con risas.

Siguieron avanzando, por entre el gentío que presentaban un estado lamentable, que a los castellanos parecía no importarles. De repente, dos manos se aferraron a las botas del alférez.

-¡Deme agua, señor!-.

-¡Mi madre se muere!-, le imploro Ayatimas, mientras Juan Milían le dedicaba una mirada arrogante y fría.

Madaya con los labios cuarteados por el sol y respirando pesadamente, permanecía inmóvil a un lado de su hija. El alférez, alzo su vista y busco al intérprete Guillen Castellano, mientras le hacia un gesto con su mano para que se acercara. Cuando el lengua llego hasta ellos, Juan Milían con una sonrisa cínica le pregunto.

-¿Que es lo que quiere esta salvaje, para osar tocarme?-, le inquirió con voz autoritaria.

Guillen Castellano, pregunto a la muchacha por su actitud y esta le volvió a suplicar agua para su madre.

-Dice que necesita agua para su madre, que está muy débil, mi señor-, le indicó solicito el interprete.

El alférez hizo traer un odre con agua y se acuclillo frente a las dos mujeres. Destapo el pellejo y se refresco la cara delante de Ayatimas que lo miraba angustiada.

-Pobrecilla-, dijo ladinamente.

-Pero no desesperéis, ayudare a vuestra madre a no volver a tener sed-, comentaba mientras de su costado sacaba una afilada daga y de un tajo le hacia un profundo corte en la garganta a Madaya, que en esos instantes abría los ojos de par en par.

-¡Nooooooo!-, grito Ayatimas fuera de sí, mientras taponaba con sus manos la herida de su madre en un intento vano de evitar que se desangrara.

-¡Guaya!, ¡Guaya!, no, no-, lloraba desconsoladamente.

Su madre levanto su mano débilmente, para darle una caricia, mientras de sus ojos brotaban lágrimas.

Inesperadamente, alguien dio un salto y empujo violentamente a Juan Milían que en esos momentos limpiaba su daga con un paño y sonreía sádicamente. El alférez se incorporo mientras echaba mano a su espada para defenderse de la afrenta y mientras comprobó con asombro que quien lo miraba desafiante era un fraile de la orden franciscana.

-¡Pero por el amor de Dios todopoderoso, ¿que hacéis hijo de Satanás?!-, le gritaba desaforado fray José Linares.

El alférez turbado por el encuentro, se echo hacia atrás con ánimos de embestir al fraile que permanecía firme mientras lo increpaba.

-¿Es así como pretendéis que estas almas abracen nuestra fe en Cristo, insensato?!-, le gritaba el franciscano fuera de sí.

-Juro frailuco de baja estofa, que antes de que anochezca estaréis ahorcado de un palo-, le amenazo el alférez dolido por la afrenta que acababa de recibir del fraile.

Fray José Linares avanzo hacia Juan Milían desafiante, mientras que con su vientre tocaba la punta de la espada que esgrimía el alférez.

-Hacedlo y os juro por nuestro señor Jesús Cristo, que personas de mucho peso y valía en la corte, os tendrán de por vida condenado a una fría y oscura mazmorra-, le pronosticó el fraile mirándole a los ojos con fiereza.

-¡Estáis loco, fraile de los infiernos!-, le dijo temeroso el alférez, mientras daba media vuelta y entre aspavientos, se alejaba.

El franciscano se acerco a la muchacha que lloraba desconsolada junto al cadáver de su madre y le susurro a la vez que la acariciaba.

-No temas hijita, no temas-

CAPITULO 18

Guabinque despertó con un terrible dolor de cabeza y angustiado por los extraños sueños que había tenido. Había visto a su madre que desde la lejanía parecía decirle algo, que no podía escuchar. Miro a su alrededor, la tenue luz que penetraba por las hendiduras de la choza donde se encontraba, le indicaron que estaba amaneciendo. En un rincón, ardía un pequeño fuego y el olor a plantas aromática inundaba la estancia con un suave olor. Intento incorporarse del lecho de pieles donde estaba, pero un intenso vahído, le hizo desistir de su acción.

Intento acordarse que le había sucedido, pero las lagunas de sus recuerdos le impedían seguir una secuencia coherente de lo que le ocurrió. Mientras permanecía sentado e inmerso en sus pensamientos, una voz femenina lo saco de sus cavilaciones.

-¡Vaya!, ya te despertaste dormilón-.

Guabinque se giro en la dirección de donde provenía la voz y atisbo a una muchacha que desde la puerta de la cabaña, le dirigía la palabra. La joven se acercó hasta donde se encontraba el enfermo y se acuclilló hasta situarse a su altura.

Guabinque bajo la vista como era la costumbre y la muchacha le levanto la barbilla con la mano.

-Me puedes mirar, creo no sea tan fea-, le dijo con desparpajo mientras reía.

-Mi nombre es Collarampa y me he encargado de cuidarte-.

Guabinque cruzo la mirada con la joven y pudo apreciar su belleza. Sus ojos tenían el color de la miel y su piel tersa, poseía una suave tonalidad morena, que junto a su pelo negro como el carbón, realzaba su hermosura. Collarampa lo miraba con una sonrisa, mientras Guabinque sintió que el estomago le daba pequeños saltos y su cara se ruborizaba por momentos.

A pesar de su juventud la muchacha era toda una mujer de valeroso carácter, que había sufrido los avatares de una vida marcada por la pérdida de sus familiares, a manos de los extranjeros.

Se alzo, como casi todos los chasneros, en rebeldía ante la actitud de los gauripas.

-¿Dónde estoy y cuanto tiempo llevo aquí?-, dijo turbado por la presencia de Collarampa.

-Pues estas en territorio chasnero donde te trajeron hace casi una luna llena con una terrible herida en tu frente, que por cierto esta casi curada gracias a mis manitas-, le contesto Collarampa ufana, mientras le pasaba la mano por la lesión de su cabeza.

Guabinque hizo amago de quererse levantar y Collarampa lo detenía con las manos.

-¿Qué haces loco?-, le dijo autoritaria.

-Levantarme, tengo asuntos que resolver-, le contesto Guabinque.

La muchacha soltó una carcajada, mientras fruncía el seño y le decía al enfermo.

-Si, ya lo creo que sí, aquí la que manda ahora soy yo, y te digo que tú te vas a quedar aquí quietito hasta que te recuperes del todo-, le dijo con un gesto de la cara que no admitía discusión.

Se incorporo y quedo mirando a Guabinque mientras le indicaba.

-Ahora pórtate bien, que voy a buscarte algo para que llenes la barriga-, dijo mientras se daba la vuelta para marcharse y aguantaba las risas por la cara de bobalicón que había puesto el convaleciente con su reprimenda.

Guabinque la vio marchar mientras se fijaba en sus firmes muslos y los vaivenes de caderas.

-Además de belleza tiene carácter, me gusta-, dijo para sí, mientras esbozaba una leve sonrisa picarona.

Los días pasaron, mientras Guabinque se recuperaba de la herida. Aprovechaba los cortos paseos que daba diariamente por el entorno de la choza para darse cuenta que los chasneros habían logrado llevar una vida digna dentro de su confinamiento en aquellas serranías. Las risas de los niños en sus juegos, y el movimiento de personas en sus quehaceres diarios, daban la sensación de que nada había cambiado en la forma de vida de los Guaxit. Solo pudo notar un ligero cambio.

No existían nobles, ni villanos.

Las estructuras sociales de los chasneros, habían desechado la idea del sometimiento de unos hombres a otros. Todos trabajaban por el bien de la comunidad y eso hacia feliz a todos.

Verdaderamente eran libres.

Y Guabinque, se sentía dichoso por compartir aquella libertad. Había dejado de ser un achicasna.

Ahora era un chasnero.

Guabinque se encontraba sentado conversando y riendo con Collarampa a la entrada de la cabaña. Para él, la muchacha había sido soporte en su recuperación durante aquellos meses y su guía para desenvolverse en la comunidad de los alzados.

Y para su corazón y sus sentimientos, alguien muy especial.

Vio avanzar hacia donde se encontraban, a Ichasagua y Amastay el compañero del que supo más tarde, que le había salvado la vida en la batalla de los Magotes, surgiendo desde entonces entre ambos, una profunda amistad. Guabinque pudo apreciar que los dos traían el rostro apesadumbrado cuando llegaron a su lado.

-¿Qué les pasa hermanos, porque esa cara de disgusto?-, les interrogó Guabinque desconcertado.

-Hermano, tengo malas noticias para ti-, le expreso apenado Amastay.

Guabinque noto que su corazón le daba un vuelco, mientras invitaba a sentarse a los recién llegados. Amastay dio un hondo suspiro, mientras buscaba las palabras adecuadas y empezó refiriéndole como siguiendo su petición de averiguar el paradero de su madre y hermanas, supo donde las habían llevado los gauripas. Le relato como uno de los jefes extranjeros había asesinado cobardemente a su madre y como su hermana Ateneri había muerto después de que los soldados extranjeros la hubieran violado repetidas veces hasta matarla.

Solo su hermana Ayatimas había logrado sobrevivir, gracias al amparo de un venerable de los cultos al Dios de los gauripas, la cual estaba bien y a salvo.

Guabinque noto que las entrañas se le desgarraban por el dolor que le producía saber el destino final de su madre y hermana. Bajo la vista, mientras con sus manos agarraba puñados de tierra con ira contenida.

Ichasagua busco debajo de su tamarca, y le entrego una bolsita de cuero que contenía un pequeño trozo de cordón umbilical que toda madre Guaxit conservaba de sus hijos hasta su muerte.

-Esto nos lo dio tu hermana Ayatimas, para ti-, le dijo con voz afligida.

-Lo sentimos y te acompañamos en el dolor que te apena, hermano-, le expreso Amastay, mientras junto a Ichasagua se levantaban para alejarse.

Collarampa le agarro suavemente el mentón de su cara para levantárselo, mientras con la otra le acariciaba la mejilla.

-¿Te encuentras bien?-, le pregunto dulcemente a Guabinque, que con un lento movimiento de la cabeza le indicaba que no, mientras sus ojos se habían llenado de lagrimas, la barbilla le temblaba y su garganta era atenazada por una fuerte punzada.

Se levanto dándole un tierno beso en la palma de la mano a Collarampa, mientras le expresó.

-Necesito estar solo-.

Guabinque se encamino por el estrecho sendero que salía del poblado hasta que alcanzo una loma cercana. Apuro su paso, aligerándolo hasta que este se convirtió en carrera.

Corrió y corrió, mientras sentía su corazón latir con bríos en su pecho. Las imágenes de su madre y hermana se le agolpaban en la mente, hasta que llego al borde de un hondo barranco, lejos de la aldea y freno en seco. Se dejo caer pesadamente de rodillas en el suelo, al tiempo que sujetaba firmemente el saquito de cuero.

Y grito.

Gritó profundamente hasta quedarse sin aliento. Un grito lastimero y sentido, tratando de quitarse el dolor que estrujaba su alma en aquellos momentos.

Y lloró.

Lloró como nunca antes lo hizo. Intentando con las lágrimas, mitigar el desgarró que sentía en su corazón.

Evocó momentos felices de su infancia con su madre. De cómo agarro por primera vez a su hermana Ateneri, siendo un bebe y lo feliz que era contemplando como esta le dedicaba risas y gorgoteos.

Y la tristeza lo volvía a embargar entre sollozos, pensando que ya nunca más las vería.

Súbitamente se levanto una dócil brisa, que llego hasta su cara, alborotándole el pelo. Cerró los ojos y recordó como su madre cuando él era niño, le soplabo suavemente en la cara mientras reía, para consolarlo cuando lloraba.

Se sintió reconfortado con aquellos pensamientos y sonrió calmado, mientras se ponía en pie para emprender el camino de regreso a poblado, recordando las palabras que le dijera Guasiegre.

- La guerra no es un juego-.

- Solo trae desgracia y sufrimiento para los que se enzarzan en ella.-

CAPITULO 19

Cinco años habían trascurrido desde la batalla de los Magotes. A pesar del tiempo, en la mente y corazón de los chasneros, la idea de recuperar las tierras conquistadas por los gauripas nunca habían desaparecido de sus pensamientos. Todos albergaban la esperanza de que algún día no muy lejano, pudieran por fin, expulsar a los castellanos de la isla de Guina.

-Los he convocado aquí esta noche, para que como líderes de las comunidades chasneras, todos juntos tomemos una decisión en la posibilidad de un nuevo alzamiento contra los gauripas-, hablaba Ichasagua a todos los allí reunidos.

-No podremos seguir aquí por mucho tiempo, mientras los extranjeros cada día, nos estrechan más el cerco-.

Ichasagua se giro para recorrer con la mirada a todos y ver su reacciones ante sus palabras.

-¿Que propones Ichasagua?-, le interrogo el líder más viejo de los chasneros.

Ichasagua se giro hacia él y le expuso.

-He convenido juntar nuestros hombres de pelea y concentrarnos en los márgenes de la comarca de Güimar para desde allí presentar batalla a los extranjeros-.

-Contamos con el apoyo de Atbitocarpe, que ahora mora entre ellos, pero que tiene todavía el respeto y favor de muchos Guaxit que viven en las comunidades de los gauripas-, dijo mientras se volvía a su asiento.

El chasnero extendió sus manos para calentarlas en la fogata que ardía en el centro del tagoror y sin dejar de observar el fuego comento.

-Solo tengo una objeción a mi plan-, comento mirándolos a todos.

-Esta vez iremos a la batalla con las mismas armas de los castellanos-, sentencio mientras, un murmullo recorrió la reunión.

-Hermano, ¿Dónde podremos obtenerlas?-, le volvió a interrogar el anciano.

Ichasagua se puso en pie y volvió a mirar a todos mientras le preguntaba.

-No se preocupen por eso, tengo de donde conseguirlas-.

-Solo quiero saber si cuento con su aprobación-.

Los demás líderes chasneros se levantaron en silencio y uno a uno, fueron agarrando su antebrazo en señal de beneplácito a su propuesta de levantarse nuevamente, en armas.

La mañana era de aire festivo. Una pareja había decidido unirse y pedir su ganigo en la Guácara.

Guabinque había resuelto, hacia una guamulan, llevar yoyas de mocan y flores silvestres en el Achun Magec hasta la puerta del tasegue de Collarampa para solicitar su amor, como era la costumbre y la muchacha decidió recoger los presentes sabiendo ilusionada, quien los había depositado. Aquel día, sellaron su promesa de amor con un cálido y apasionado beso, decidiendo unir sus maxios en la siguiente luna.

Y ese día había, por fin, llegado.

Guabinque se había vestido con sus mejores pieles, y caminaba nervioso hacia la cabaña de Collarampa para llevarla hasta la plaza pública. En su cabeza llevaba una corona, que utilizaría también la muchacha, confeccionada con flores blancas de aceviño y las amarillas de cerraña, que simbolizaban la unión y la fertilidad de la pareja. Desde las lomas cercanas, se oían bucios, acompañados de voces femeninas y masculinas que recitaban pequeños cantares, alabando las virtudes de la pareja para que toda la comunidad lo escuchara.

Guabinque llegó hasta la puerta de la cabaña, donde ya lo esperaba Collarampa radiante de felicidad.

Se miraron a los ojos con rostros risueños, mientras él le colocó a ella la corona de flores y se daban un tierno beso en los labios. Se asieron de la mano y emprendieron el camino hacia la Guácara.

Allí los esperaba el resto de la comunidad de chasneros, que al verlos entrar lanzaron silbos y aljijides de alegría. Se acercaron hasta el centro de la plaza pública que estaba adornada con ramas de laurisilva y flores de magarzas. Allí los esperaba Ichasagua sonriente. Cuando estuvieron a su altura, todos guardaron silencio, mientras el sigoñé se disponía a hablar.

-¡Collarampa y Guabinque, están aquí para dar testimonio ante la comunidad de su deseo de unirse como pareja y obtener su ganigo símbolo de su unión!-.

-¡¿Juran ante la divinidad, venir libremente hoy aquí?!-.

Los dos se miraron felizmente y contestaron al unísono.

-¡Si, lo juramos!-

Ichasagua les alcanzo el pequeño ganigo, y ellos lo asieron con ambas manos.

-¡Ante el testimonio de su amor, y bajo la protección de la divinidad, les entrego su ganigo, legitimación de su unión!-

-¡Si así no fuera en el futuro, rómpanlo y quede disuelto lo que aquí se juro!-

-¡Sean felices y fecundos!-, concluyo Ichasagua, mientras los asistentes irrumpían en voces de alegría y la nueva pareja se besaba dulcemente.

Esa misma noche, después de la festividad que la comunidad organizo en su honor, en el tesague de Collarampa y Guabinque, la pequeña luz que alumbraba la estancia no se apago hasta el amanecer.

CAPITULO 20

A la luz de la luna llena, los tres chasneros bajaban sigilosamente el barranco, tratando de llegar hasta la pequeña playa en el que convergía.

Cuando llegaron a la desembocadura, Ichasagua, Guabinque y Ancor, se situaron detrás de unas rocas para echar un vistazo a los alrededores. A la orilla de la playa permanecían tres figuras masculinas que junto a una pequeña chalupa, conversaban en voz baja. Ancor se puso de pie y salió del improvisado escondrijo, hasta situarse delante de las rocas. Dio unos suaves y cortos silbos, que fueron contestados de idéntica forma por uno de los hombres que permanecían en la playa.

-Es él-, indicó Ancor dirigiéndose hacia sus compañeros. Ichasagua y Guabinque salieron del escondite, para juntos irse a reunir con los que les hacían señas desde la orilla.

Cuando se encontraron, el más alto de los tres se dirigió hacia Ancor.

-¡Ancor, pariente ¿Qué es de su vida carajo?!-, le expresó llanamente, mientras se saludaban de manera efusiva.

Ancor se giró hacia sus compañeros y les dijo.

-Amigos les presento a Natalio Pérez, un antiguo Guaxit de las comarcas de Anaga-.

Los chasneros agarraron el antebrazo de Natalio y el de sus acompañantes e intercambiaron breves comentarios.

Natalio representaba la adaptación de los Guaxit, a los tiempos que corrían. Después de la rendición de Tigaiga, el joven Mahy había entrado a servir con el portugués Luis Pérez, quien después de bautizarlo como Natalio Pérez, le enseñaría el boyante negocio de vender armas a los piratas berberiscos y a todo aquel que tuviera piezas de oro para pagarlas.

Y aquella noche se proponía cerrar un trato con los chasneros.

-Bueno amigos, ¿Qué les puedo ofrecer?-, preguntó Natalio amistosamente.

-Queremos las armas que utilizan los castellanos-, le expresó Ichasagua.

Natalio, se quedó especulativo por unos instantes, intentando hacer cálculos sobre el destino que unos alzados darían a las armas, pero enseguida apartó estos pensamientos, pues al fin y al cabo, su negocio era venderlas. Destapó una larga manta que llevaba en la chalupa y el metal de las armas fulguró a la luz de la luna. Saco dos espadas y una maza de cadenas, que le hizo poner los pelos de punta a Guabinque al recordar como con una maza parecida, le habían quebrado la cabeza.

Clavo las espadas en la arena y deposito en el suelo la maza, mientras con una leve sonrisa se dirigía a los chasneros.

-Estos son las armas más habituales entre los gauripas-.

-La espada ligera, buena para manejar , de empuñadura corta. El mandoble, de más peso, pero efectiva para brazos fuertes y la maza ideal para no tener que acercarte al adversario demasiado-, concluyo, mientras los chasneros curioseaban las armas.

Ichasagua sosteniendo el mandoble con ligereza, se dirigió a Natalio y le pregunto.

-¿Cuántas de estas tienes?-.

-¿Cuántas quieres?-, contesto rápida y pausadamente, Natalio.

Ichasagua se agacho hasta la arena y se puso hacer rayas en ella mientras era seguido por los concurrentes. Después de unos instantes de cavilaciones, contesto.

-Sesenta veces los nudillos de una mano-, dijo confiado.

Natalio lo medito unos instantes y le respondió.

-No habrá problemas, las tengo-.

-¿Cuántas cabras y pieles pides por ellas?-, le indicó Ichasagua, ante el asombro de los acompañantes de Natalio y las carcajadas de este.

-No, no amigo. Aunque me crie entre las patas de una cabra en un auchon de Tahodio, ya no me interesa esos animalitos, ahora prefiero el metal dorado de los gauripas-, explico Natalio reponiéndose de las risas.

-Ahor, me hablo muy bien de ti y sé que eres hombre de palabra, por eso te hago esta oferta-, le dijo a Ichasagua.

-Te doy las espadas que pides y te regalo las mazas, por cien piezas del metal dorado de los extranjeros. El plazo para cerrar el trato, será de una luna en este mismo lugar. Si para entonces no estás aquí con lo que pido, no habrá trato-, le dijo, mientras sus dos acompañantes recogían y tapaban nuevamente las armas.

Ichasagua visiblemente disgustado, agarro el antebrazo que Natalio le ofrecía y cerraron el acuerdo.

Cuando se dirigían a internarse por la boca del barranco, Ichasagua se expreso en voz alta.

-¿Dónde iremos a conseguir esa cantidad de metal dorado? Es imposible-, dijo con voz molesta.

Guabinque que permanecía absorto en sus pensamientos, freno a sus compañeros agarrándolos del brazo.

-Yo si se-, dijo súbitamente.

-El venerable Tigor me relato una vez, que en la comarca de Güimar hay una gran cueva donde hace muchas lunas, unos extranjeros que tenían extrañas vestimentas blancas y un símbolo rojo como el de los castellanos, guardaron muchísimas cosas, entre ellas ese metal dorado-.

Ichasagua y Añcor miraron desconcertados a Guabinque, mientras este les miraba con una sonrisa bobalicona.

-¿Estas insinuando que hagamos la ceremonia de tegna para ir a consultar al venerable Tigor?-, le dijo el sigoñé asombrado.

-¡Pero eso es una locura, aparte de ser imposible! Esa ceremonia solo era conocida por los cancos y te recuerdo hermano, que ya no tenemos cancos-, le indico Añcor desconcertado.

Guabinque pasó ambos brazos por encima de sus compañeros y les contesto optimista.

-Cierto es hermanos que no tenemos cancos, pero hay una posibilidad para pasar al otro lado-, comento pausado.

-Confíen en mí-.

El sol de la mañana se mostraba con todo su esplendor. El recién nombrado Adelantado de las islas de La Palma y Tenerife, Don Alonso de Lugo, daba cuenta de un abundante desayuno compuesto por leche y bizcochos. Se sentía satisfecho de los progresos que se estaban dando en las islas por el conquistadas. Tierras para cultivo de cereal, ingenios azucareros, estaban dando los frutos esperado después de tantos esfuerzos. Los repartimientos de tierras, que desde tiempo atrás empezara hacer y las disposiciones para la edificación de casas, habían hecho avvicinar a muchos pobladores de España y países extranjeros, atraídos por el clima y las promesas de una tierra fértil.

Se sentía orgulloso.

Pero otra vez, las sombras de un nuevo alzamiento de esos salvajes, se volvían a cernir sobre su horizonte. Todos los esfuerzos, que se estaban llevando a cabo para exterminar a esos perros malditos, estaban siendo vanos.

Se habían hecho edictos, con penas de horca y destierro, para combatir a los que todavía se alzaban en las montañas lejos de su autoridad, eran infructuosos.

Además, cuentan con la ayuda de los que se han bautizado y viven en las comarcas sometidas.

Estaba terminando el desayuno, cuando oyó, tres golpes en la puerta. El Adelantado dio órdenes de pasar y su fiel criado se presentó en la entrada de la estancia, anunciándole la visita de don Diego de Adeje.

Instantes más tarde, aparecía en la entrada de la estancia sala, donde se encontraba el Adelantado, el antiguo jefe de la comarca de Adeje.

-Bienvenido, Diego de Adeje-, le dijo Alonso de Lugo, olvidado intencionadamente el tratamiento de don.

Don Diego de Adeje, molesto por el trato que le dispensaba el Adelantado, fue a su encuentro para darle la mano, que era rechazada por este.

-Sentaos-, le dijo secamente.

El recién llegado tomó asiento, mientras Alonso de Lugo se sentaba frente a él, sin disimular su ira contenida.

-Vayamos al grano Diego o ¿mejor debería llamaros por vuestro nombre de salvaje, Atbitocarpe?-, le indicó con un tono de voz maliciosa.

-Señor, ¿a qué viene este trato descortés a mi persona?-, le dijo Diego de Adeje.

El Adelantado se inclinó hacia su interlocutor, mientras que adoptaba su postura de cruzar sus dedos en el pecho, típica cuando quería remarcar sus palabras.

-¿Acaso, maldito bastardo, creéis que soy imbécil?-.

-Se de vuestros planes secretos con ese hijo de Satanás amigo vuestro, al cual llamáis Ichasagua-, le espetó, al tiempo que don Diego de Adeje palidecía en su sillón al sentirse descubierto en sus intenciones.

Alonso de Lugo se reclino en su asiento, sin dejar la postura de sus manos.

-Es por eso Diego, que para mostréis vuestra disposición con nosotros para atrapar a ese salvaje, he mandado prender a vuestra mujer y hermanos-, reveló a su interlocutor que había enmudecido al escuchar las palabras del Adelantado.

-Ahora mismo, se encuentran a buen recaudo en una mazmorra, hasta que me ayudéis en mi cometido o los degollare lentamente. Podéis elegir-, le indicó con una sonrisa maléfica.

-¡Sois un miserable!-, le dijo agresivo don Diego, ante la mirada imperturbable de Alonso de Lugo.

-Y vos un traidor, así que tranquilizaros y prestadme atención-, le contestó indiferente.

-Quiero que la noche que vais a reuníos con ese bastardo, llevéis un destacamento de mis soldados, para capturarlo. Es decir, vos seréis el cebo de mi trampa-.

-¿Qué os parece Diego?-, dijo entre risas de satisfacción.

-Y ahora, marchaos y pensad muy bien lo que hacéis-, concluyo.

Don Diego de Adeje, se levanto de su asiento y por unos instantes se le paso por la mente, romperle el cuello aquel enano que se reía de su desgracia, pero no hubiera servido de nada. Se encamino amargado hacia la puerta, la abrió y se detuvo unos instantes a mirar al Adelantado que desde su mesa le dedicaba una amplia sonrisa siniestra, mientras levantaba la cabeza y se deslizaba el dedo índice a lo ancho de su cuello.

-¡No, no y no!-, decía Amastay molesto.

-No soy un canco y la ceremonia de tegna tiene muchos riesgos-.

-Pero Amastay, fuiste enseñado por los cancos, prácticamente eres uno de ellos-, intentaba convencerlo Guabinque.

-Es cierto, fui enseñado por ellos, pero por desgracia no fui consagrado a la divinidad-.

Ichasagua, Ancor y Guabinque permanecieron en silencio si saber que más decirle a un tozudo como Amastay.

A pesar de tener los conocimientos necesarios de un canco del culto magote, se sentía que no estaba preparado, pues no había sido consagrado a la divinidad. Consagracion que se consideraba, requisito imprescindible para guiar el culto de Magec.

-Está bien, no lo molestes más Guabinque. Tendremos que hacernos a la idea de no poder obtener las armas de los gauripas para proveer a nuestros guerreros para la sublevación-, comento Ichasagua contrariado, mientras los tres se levantaban y daban la espalda a su compañero Amastay.

-Un momento, ¿qué sublevación?-, les inquirió intrigado cuando ya se alejaban.

Ichasagua les hizo un guiño de complicidad a Guabinque y Ancor, pues sabía que Amastay a pesar de su formación como canco, era un guerrero en potencia y que la palabra sublevación había captado su atención. Se dio la vuelta, a la vez que le contestaba lacónicamente.

-Pues la que preparábamos, si llegáramos a saber con Tigor donde está el metal dorado de los gauripas-.

El sigoñe volvió a girarse y reemprendieron el paso, cuando escucharon a sus espaldas la voz de Amastay que les decía.

-¡Esta bien!-

-Prepararemos la ceremonia para ir al otro lado-, exclamó mientras sus compañeros se miraron contentos.

Se dieron la vuelta y se acercaron para felicitar a un Amastay que los miraba no muy convencido.

-Si les ocurre algo al otro lado, no me hago responsable-, les advirtió severo.

-Tranquilo hermano, todo saldrá bien. Tu solo prepara los brebajes y dinos que tenemos que hacer-, le tranquilizo Ichasagua.

CAPITULO 21

Collarampa y Guabinque descansaban en la calurosa tarde, en su choza. Tumbados sobre el lecho de pieles, hablaban del futuro de la comunidad chasnera.

-Algún día, con el favor de Achaman, podremos expulsar a los gauripas de la tierra de Guina-, le decía a Collarampa, con la vista perdida en el techo de la cabaña.

Collarampa lo miraba con una leve sonrisa, que fue advertida por su hombre. Guabinque se giro hacia ella con cara risueña, mientras la abrazaba tiernamente y le susurraba al oído.

-¿Dígame ahora mismo muchachita, porque se está riendo o le hago cosquillas?-, le dijo Guabinque divertido.

Collarampa irrumpió en risas, hasta que viendo las intenciones de su pareja le espeto.

-Vamos a ser tres-, dijo mientras se acariciaba el vientre, sin dejar de sonreír.

Guabinque al oír la noticia, dio un brinco de alegría y quedo de pie mirando estático a su mujer.

-¿Entonces yo? Es decir ¿seré?-, le decía balbuceante y con una inmensa sonrisa de felicidad.

Se acerco a ella despacio y Collarampa le dijo.

-Sí, vas a ser padre. Nuestro ganigo esta fértil-, le expreso dulcemente ella, mientras Guabinque le daba un tierno beso en sus labios y le decía susurrando.

-Que Magec te bendiga a ti y a nuestro hijo-.

Un ruido de gentío, proveniente del exterior, los saco de su momento de felicidad. Los dos se miraron extrañados, y Guabinque se incorporo para ver qué era lo que sucedía.

Ya en el exterior del tesegue, pudo ver como un grupo de guerreros traían a un gauripa hasta la plaza pública, mientras era increpado por los habitantes del poblado. Guabinque se acercó hasta allí, e interrogó a uno de los asistentes que le relato como un grupo de sus guabores habían dado captura al capitán de los gauripas que los perseguía con sus soldados.

Juan Milían permanecía en el centro de la plaza pública con las ropas desgarradas y sucias de polvo. Se erguía altivo, mientras miraba desafiante a todos. Un chasnero se acercó para darle un ganigo con agua y el español que estaba atado de manos, con un gesto de sus brazos lo tiro al suelo mientras decía voz en alto.

-¡Soltadme malditos perros salvajes!-

-¡Acaso no reconocéis a un valeroso caballero español-, les increpo iracundo el alférez.

Ichasagua, puesto al corriente de quien era el alférez, se acercó hasta él y mirándolo de frente le dijo en un castellano aceptable.

-Yo lo único que reconozco, es que delante de mí, solo tengo a un cobarde asesino de mujeres y niños-, le espeto, mirándolo fríamente a los ojos.

El alférez, poco a poco pareció perder el porte altanero y su rostro reflejaba el temor que la mirada de Ichasagua infundió en el ánimo de su espíritu. El sigoñe le dio la espalda para alejarse mientras daba órdenes a su hombres de custodiarlo, hasta saber que harían con él. Busco con la vista a Guabinque y se encamino a su encuentro. Cuando se hayo frente a su amigo, le pidió conversar solos y juntos se alejaron del poblado.

Alejados ya del mismo, se sentaron en unas rocas mientras Guabinque intuyendo que la cuestión que los reunía tenía que ver con él, le pregunto intrigado.

-¿Qué ocurre Ichasagua?-.

El sigoñe lo miro como queriendo buscar las palabras apropiadas en lo que había de decirle.

-Guabinque, el gauripa que hoy nuestros guabores han capturado, se llama Juan Milían-, comenzó relatándole Ichasagua.

-El, fue quien comandaba los soldados españoles, con los que combatíamos en los Magotes-.

Guabinque seguía atentamente el relato de su amigo, con inquietud pues ya creía saber quién era el castellano.

-Después de la batalla, se encargo de concentrar a todos los cautivos en los Ceres-, el sigoñe miro de soslayo a Guabinque, mientras este bajaba la vista hacia el suelo y pregunto.

-Fue él quien la mato, ¿verdad?-, dijo mientras Ichasagua, con la cabeza asentía afirmativamente en silencio.

Guabínque se levanto nervioso. Miles de pensamientos desagradables le inundaban la mente y camino nervioso de un lado para el otro.

-¿Qué pretendes hacer con él, hermano?-, le pregunto al sigoñé.

-En verdad, pensaba usarlo para tratar de presionar a los castellanos, pero recordé que los extranjeros no cumplen jamás la palabra dada, así que..-, le contesto Ichasagua con un gesto de hastío.

-Quiero una justa con él, antes del sol de los muertos, para limpiar la afrenta de mi madre y hermana-, le expreso Guabínque sereno.

El jefe de los chasneros se levanto de su improvisado asiento y se llevo hasta su amigo. Le apoyo amistosamente la mano en su hombro y le contesto.

-Así se hará, si ese es tu parecer, hermano-.

La tarde empezaba a declinar, cuando llevaron al alferez a la plaza pública. No había gentío en sus inmediaciones por expreso deseo del consejo de ancianos. Juan Milían había sido advertido de que participaría en una justa para tener la oportunidad de ganarse su libertad.

Ichasagua, el consejo de ancianos y los demás guerreros, permanecían a los bordes de la plaza, expectantes. Las reglas que se habían pactado para el combate eran simples. De aquel recinto solo podía salir un vencedor.

El castellano se mostraba soberbio y desafiante. Agarro su espada y la movió a ambos lados de su cuerpo, para que los allí presentes pudieran apreciar su destreza con el arma. Se sentía seguro de ganar.

¿Que iba hacer un salvaje con un palo, frente a un castellano con una espada?.

Mientras andaba en estas cavilaciones advirtió que por la entrada del círculo donde se encontraba, entraba Guabínque sereno y pausado, sujetando un garrote.

El combate se preveía largo y encarnizado.

El uno por querer ganar su libertad.

El otro por vengar la muerte de su madre y hermana.

Los dos contendientes quedaron enfrentados cara a cara. No hubo ceremonia previa.

Juan Milían levanto su espada, ante la atenta mirada de su contrincante y arremetió con todas su fuerzas, con un grito de furia. Guabínque esquivo el golpe, mientras con la punta de su garrote le rompía la clavícula a su oponente. El alferez dio un aullido de dolor, a la vez que soltaba la espada. Jadeando, miro a Guabínque que permanecía de pie, mirándolo fríamente.

Juan Milían, recogió con dificultad la espada del suelo con su mano izquierda, se incorporo todo lo que pudo, mientras su hombro derecho se hinchaba produciéndole agudas punzadas de dolor. Se movió buscando el ángulo ideal para no herrar en su nuevo golpe y se lanzo nuevamente al ataque. Guabingue se ladeo hacia la derecha y con un ágil movimiento de sus manos, paro el golpe con su garrote al tiempo que volvía a propinar con la punta de su arma un nuevo embate en las costillas del alférez, que cayó de rodillas al suelo.

Guabingue se acerco hasta situarse a la altura de su oponente y lo observo con insensibilidad. El castellano al sentir la presencia de su enemigo, levanto la cabeza con dificultad y alzo su mano derecha mientras balbuceaba.

-¡Piedad!-, dijo con ahogo.

-¡Me doy por vencido!-, volvió a expresar con voz pavorosa.

Guabingue se agacho mientras asía fuertemente por la solapa de la camisa al alférez, que palideció en el acto.

-Tu desprecias las reglas que rigen nuestro código en el combate-, le dijo lentamente en su lengua.

-Tú desprecias nuestra cultura y nuestra vidas-.

-Y tú, mataste a mi madre y permitiste que mataran a mi hermana, sin respetar las leyes de nuestra cultura que impiden infligir daño alguno, a las mujeres-.

Juan Milían al escuchar las palabras de Guabingue abrió los ojos desorbitadamente, mientras por su mente pasaron las imágenes del día que dio muerte a la mujer para la que solicitaban agua.

-¿Por qué debería yo respetar tu vida?-, interpelo, justo en el momento que de un rápido e infalible movimiento de su mano, cortaba el cuello del alférez con una afilada tabona que sostenía entre sus dedos.

El alférez, Juan Milían caía hacia atrás, a la vez que un reguero de sangre espesa salía de su garganta a borbollones, entre grandes espasmos de su cuerpo.

Guabingue se levanto indiferente, ante la visión agonizante del castellano y tiro la tabona encima del cuerpo, que seguía debatiéndose por vivir . Dio la espalda al moribundo alférez, seguido con la mirada por el consejo de ancianos y su compañeros, para en silencio encaminarse hacia la salida, mientras con su mano iba acariciando la bolsita de cuero, que un día confeccionara su madre para guardar el pequeño trozo de cordón umbilical.

Ya era noche cerrada, cuando llegaron a la antigua guácara de la comarca de Abona que servía para realizar curaciones y ceremonias como la que hoy los llevaba hasta allí. Habían esperado hasta la siguiente luna llena, pues según los procesos de la ceremonia, las energías sutiles de la naturaleza era más fuertes.

El lugar estaba totalmente desierto y solo se escuchaba la brisa que circulaba por los alrededores. Los cuatro chasneros entraron en el recinto y pudieron observar el estado de ruina que presentaba el espacio, a causa del abandono forzoso y paulatino de los ritos que allí se realizaban. Se sentaron formando corrillo en el centro, siguiendo las indicaciones de Amastay, que les iba a guiar en los pasos a seguir para pasar al otro lado.

Amastay deposito en el suelo un pequeño ganigo que contenía un liquido espeso y verdoso, mientras les daba unos consejos.

-Relájense. Ahora se tomaran este preparado y notaran un ligero mareo. Posiblemente también tendrán ganas de vomitar, es normal y deben aguantar las arcadas. Las plantas con las que se preparan irritan el estómago-, les indicaba mientras era seguido atentamente por sus compañeros.

-Yo empezare a recitar unas oraciones y ustedes deben estar atentos a mis palabras. Sentirán que tienen mucho sueño y en ese momento empezaran el tegna para pasar al otro lado-.

-Primero transitaran por el mundo del abesan y deben continuar hasta ver una luz anaranjada que les indicara la entrada al luyet-, les apuntaba con voz grave Amastay.

-Siempre podrán escuchar mi voz y yo la de ustedes, si hay contratiempos pregúntenme antes de hacer nada. Después que lleguen al luyet, el venerable Tigor le dirá que deben hacer-.

-¿Cómo y cuándo regresaremos de allí, hermano?-, le pregunto Ancor.

-Los efectos de la bebida les indicara, cuando deben regresar. Yo estaré aquí, esperando para ayudarlos a salir del trance-, le contesto seguro Amastay.

Ichasagua miro a Guabinque y Ancor, mientras les decía con una leve sonrisa.

-¿Nos vamos?-.

Amastay tomó el ganigo y se lo fue dando a beber a sus compañeros. Todos tomaron un sorbo y arrugaban la cara con aspavientos, por el mal sabor de la bebida. Cuando todos hubieron bebido, Amastay empezó a murmurar oraciones para inducirlos a viajar. Los tres guerreros sintieron los mareos y arcadas que Amastay les había pronosticado, a la vez que sintieron un sopor inmenso.

Súbitamente escucharon un zumbido en los oídos y el paisaje que los rodeaba se transfiguraba, tornándose oscuro.

-Creo que ya estamos en el abesan-, dijo Guabinque temeroso, mientras podía ver a su compañeros como halos de luz de un tenue azul, en aquella inmensa oscuridad.

-Si así es hermano-, le respondió Ichasagua.

Los tres emprendieron el avance hacia la nada, mientras escuchaban gritos desgarradores en la lejanía, que hacían erizar el bello. Repentinamente, frente a ellos, vieron como se acercaban unos perros negros de ojos rojos y gesto amenazante. Los tres chasneros sintieron que un frío gélido recorría sus cuerpos, ante la visión de aquellos espectros.

-¡Son las tibicenas!-, indico Ancor con un hilo de voz.

-¡Mi madre!-, dijo Ichasagua alterado.

-No le teman-, sonó la firme voz de Amastay en todas partes.

-Son los temores internos de cada uno. Deben combatirlos con la determinación de sus corazones para poder seguir adelante.

-Pues que forma más espantosa tienen mis temores-, dijo Guabinque tratando de infundirse ánimos.

Se llenaron de valor y avanzaron hacia las figuras espectrales hasta que cuando ya parecía que las tres tibicenas se abalanzarían sobre ellos, desaparecieron.

Después de un rato marchando hacia la nada, pudieron ver una viva luz anaranjada. A medida que se acercaban, la luminosidad se hacía más intensa. Los tres se miraron por unos instantes y la traspasaron.

El luyet se presentaba con su característico tono anaranjado que lo inundaba todo. Guabinque rememoro la vez que visito el mundo de transición. Los tres chasneros observaron que sus cuerpos volvían a tener sus formas habituales, mientras se percataban que en un lateral de la misma guácara de donde comenzaron su viaje, les esperaba sonriente el venerable Tigor.

-Sean bienvenidos hijitos, los esperaba-, les saludo cálidamente.

Ichasagua y Ancor se apresuraron a besarle el brazo izquierdo, pero no pudieron hacerlo pues traspasaban la figura del viejo canco en sus intentos.

-Guabinque les explicara porque-, dijo mientras reía.

Tigor escuchaba y contestaba divertido, las preguntas que los tres guerreros le hacían, sobre el mundo donde se encontraban. Cuando todos se habían calmado, el venerable los apresuro para el asunto que les traía al luyet.

-Debemos darnos prisa, los efectos del preparado que tomaron no durara mucho-, les expreso.

-Cierren los ojos y escuchen mi voz. Viajaremos con la rapidez de un pensamiento-, dijo mientras todos obedecían al canco.

Tigor murmuro unas palabras y al instante les pidió que volvieran abrir los ojos. Los tres chasneros, se sorprendieron por el paisaje que se mostraba a su vista. Miraron a su alrededor y comprobaron que estaban en las medianías de la comarca de Güimar o lo que parecía ser la comarca de Güimar.

-Todo es un reflejo del mundo de donde vienen ustedes-, les explico Tigor sonriente, adivinando los pensamientos de los guerreros.

Entraron por la estrecha boca de la cueva que les indicaba el canco y ante sus ojos se presento el asunto que los trajo a luyet.

Cientos de objetos extraños que despertó la curiosidad de los tres chasneros,, se amontonaban en aquella cueva.

-Hace muchas lunas atrás unos extranjeros con extrañas vestimentas blancas depositaron aquí estos objetos, que según decían pertenecían al tesoro de su divinidad, dejándolo en custodia a los cancos-, les revelo el venerable, mientras les señalaba un montón de piezas del metal dorado de los extranjeros.

-Ellos le llaman oro-, les aclaro.

Cientos de estas piezas, marcadas con una pequeña cruz aspada, se amontonaban por la cueva.

-Creo que tenemos lo que buscábamos-, dijo con una sonrisa de satisfacción Ichasagua.

Inesperadamente, Ancor empezó a tener intensos dolores en el abdomen y Tigor les indico que era hora de partir.

Salieron de la cueva, no sin antes memorizar el entorno, para poder reconocer el lugar cuando regresaran al plano de donde venían. Volvieron a repetir los paso que los había llevado hasta la cueva y nuevamente se encontraron en la guácara de donde partieron. Ya se disponían a cruzar la entrada por donde habían venido, cuando el canco reclamó la atención de Guabinque.

-Hijito, antes de tu marcha quiero mostrarte dos cosas-, le dijo pausadamente.

-La primera es que memorices la palabra Taicho y la guardes en tú corazón. En su momento sabrás la fuerza que en ella se encierra.

Guabinque sintió al escuchar la palabra, que cientos de pensamientos e imágenes se agolpaban en su mente sin alcanzar a entender muy bien, que le quería transmitir el venerable.

-Taucho-, se repetía en su cabeza.

-Y lo segundo-, continuo Tigor.

-Es que mires a tus espaldas hijito-, le indico el venerable, con una sonrisa tierna.

Guabinque hizo lo que el canco le sugería y su cara se iluminaba con una sonrisa radiante.

-¡Guaya!-, dijo mientras miraba como la figura de su madre se acercaba hasta el.

-Guaya-, volvió a repetir emocionado, mientras por sus mejilla rodaban dos gruesas lagrimas.

-Hola hijo de mi alma-, contesto Madaya, mirando enternecida como su hijo lloraba como un niño.

-Te echo mucho de menos-, dijo gimoteando Guabinque.

-Y yo a ti, mi niño. Pero no debes estar triste, has hecho lo que te dicto tu corazón y me siento muy orgullosa de haberte parido-, dijo Madaya mientras alargaba la mano y hacia el gesto de acariciarlo.

-Yo estoy bien y tu hermana Ateneri ya partió hacia la divinidad-.

-Así que ve tranquilo y dale un beso inmenso a mi hija Ayatimas de su madre-, concluyo su madre.

Guabinque se giro hacia sus compañeros, mientras él sentía también los dolores en el abdomen.

-Hasta la vista madre. Gracias venerable-, exclamo antes de volver a atravesar la puerta de luz naranja.

Sintieron frio en la cara y la sensación de que se deslizaban por un estrecho túnel a gran velocidad, hasta que volvió a rehacerse el entorno donde se encontraban antes de tomar el bebedizo.

Amastay los miraba con cara de angustiado, mientras ellos tosían empapados con el agua que su amigo había utilizado para sacarlos del trance. Ichasagua lo miro y con una risa de euforia le dijo.

-Quítate esa cara de susto, ya sabemos dónde encontrar el metal dorado de los gauripas-.

CAPITULO 21

Guabinque se despedía de su mujer en la puerta de su cabaña. Collarampa ya mostraba su avanzado estado de gestación.

-Te mucho cuidado mi amor. Recuerda que te esperamos en casa-, le decía a su hombre, mientras le daba un tierno beso.

Guabinque sonrió mientras acariciaba el abultado vientre de Collarampa.

Le dio un beso a su mujer y se marchó al encuentro de sus compañeros. Al llegar a las afueras del poblado distinguió a la luz de la luna, las figuras de Ichasagua, Amastay y Ancor que lo esperaban impacientes. Cuando se reunió con ellos, emprendieron el camino en silencio. Ichasagua llevaba en su mano la ñeipa que le distinguía como jefe de todas las comunidades chasneras. Después de adquirir las armas, los líderes de las comunidades habían decidido designar como nuevo Mencey al sigoñe. Aquella noche se dirigían a las faldas de la montaña Ahiyo, donde habían concertado reunirse con don Diego de Adeje y otros antiguos Guaxit de esa comarca, para pactar la nueva sublevación contra los castellanos.

Caminaron un largo recorrido hasta que divisaron una pequeña fogata en el lugar elegido para el encuentro. Cuando se acercaron a las inmediaciones de la zona, Ichasagua dio dos silbos cortos y uno largo, esperando la contestación. Instantes después escucharon dos silbos largos y uno corto, siendo la señal convenida.

Los cuatro chasneros alcanzaron el lugar donde los esperaban. Ichasagua seguido de sus hombres de confianza se aproximó hasta donde ardía la fogata y se calentó las manos, mientras uno a uno fue mirándoles los ojos a todos los que concurrían allí.

Y vio algo que no le gusto.

La mirada de aquellos hombres era la de quien se sabe, va a cometer un acto de felonía. Miro hacia el cielo estrellado y le pareció una lástima, morir en una noche tan bella. Don Diego de Adeje se allegó hasta él, mientras el chasnero vislumbro tras de él, los centelleos que desprendían los cascos castellanos al darle la luz de la luna.

-¿Sabes hermano? Creo que nunca más volveremos acunar a nuestros hijos como antes-, le dijo con voz afligida y sin dejar de mira al fuego.

Don Diego de Adeje giro su cabeza hacia Ichasagua y clavo sus ojos en él.

-Perdóname hermano-, le expreso.

Rápidamente Ichasagua se volvió hacia sus compañeros y les grito.

-¡Huyan hermanos, nos han traicionado!-, dijo mientras corría hacia el borde del barranco donde se encontraban y de un salto se precipitaba al abismo.

Amastay, Añor y Guabinque vieron estupefactos como soldados castellanos que habían permanecido ocultos, salían con intenciones de capturarlos. Los tres huyeron en dirección a las montañas, desapareciendo en la oscuridad de la noche, mientras que a la carrera podían escuchar detrás suya como los gauripas soltaban sus perros.

El viejo Pedro Hernández, permanecía absorto contemplando el horizonte que se divisaba desde la puerta de su casa, aquella tarde. Su mujer Ana Hernández se acercó despacio por su espalda y le daba un tierno beso.

-¿En qué parte del pasado esta mi orgulloso guerrero?-, le dijo dulcemente mientras lo abrazaba.

Pedro la miro con ternura y le dedico una sonrisa.

-Bueno, voy a seguir preparando la cena-, le dijo mientras entraba en la casa.

Escucho a su hija que venía agarrando por la mano a su nieto y visiblemente enfadada.

-¡Ahora te vas a sentar aquí con tu abuelo y no quiero ver que te muevas hasta que yo te lo diga!-, le dijo autoritariamente.

La madre se alejo mientras Pedro miraba a su nieto condescendiente.

-¿Qué travesuras habrás echo? Granuja-, le pregunto con tono de complicidad.

-Mamá, me agarro chupando de la teta de una cabra-, le contesto con cara de pícaro su nieto.

-¡Ay, Fernandito estas hecho un guanil!-,

-¿Abuelo, que es un guancho?-, le pregunto el muchacho, sacando a Pedro de sus pensamientos.

El viejo lo miro sorprendido por la pregunta.

-¿Por qué quieres saberlo muchachito?-,

-Es que el hijo del portugués, me dijo que no podía jugar con ellos porque yo descendía de guanches-, explico a su abuelo el niño.

Pedro frunció el seño, mientras miraba fijamente a los enormes ojos azules de su nieto y entonces fue cuando aquella palabra se le vino a su mente.

Taicho.

Una sacudida le recorrió el cuerpo al recordar las palabras que un lejano día le dijera el venerable Tigor.

-La fuerza, en la defensa de nuestras costumbres, no está en las armas Guabinque-.

Resonaban las palabras del venerable.

-Tú fuerza está en la palabra Guabinque y debes estar atento, pues vendrá a tu encuentro dentro de muchas lunas. La reconocerás pues la voz con la que se conocerá, encierra la fuerza de las vivencias de toda la tierra de Guina-.

Taicho.

Mirando a su nieto, tomo conciencia de aquellas palabras, mientras a través de los ojos del niño, pudo ver cientos de recuerdos del pasado.

Vio a él y a su hermano Guadote pastoreando las cabras, al venerable Tigor relatándole historias a la entrada de su cueva, yendo a saludar al sol todas las mañanas, la batalla de los Magotes...y su nombre...Guabinque...

Todo desfilaba ante su mente con una lucidez extraordinaria y comprendió que su cultura de su pueblo se mantendría viva, a través de la palabra transmitida.

-¿Por qué lloras abuelo?-, le dijo Fernando, mientras Pedro se secaba con la manga de la camisa sus lágrimas.

-Cosas de viejo muchachito-, le contesto restando importancia a su llanto.

-No se dice guanche, se dice Guaxit, los legítimos hombres de la tierra de Guina y si tu eres descendiente de ellos-, le corrigió Pedro Hernández a su nieto.

-¿Te gustaría saber cosas de los antiguos, muchachito?-, le inquirió el viejo a su nieto, mientras este asentía con la cabeza afirmativamente.

-Pues entonces, escucha y memoriza la Taicho-.

-En el principio-, comenzó a relatar Pedro Hernández, mientras su nieto le seguía atentamente.

-Era nuestra abuela, que tenía forma de ganigo de color rojo y negro. Se llamaba Atenai...

FIN

**Desde la guácara de Chacacorche (Valle de San Lorenzo)
al atardecer del 21 abril del 2010.**